

LA PROTESTA

año XXI

Oficina: HUBERTO P. 1175—B. E. 2050, (B. Orden)

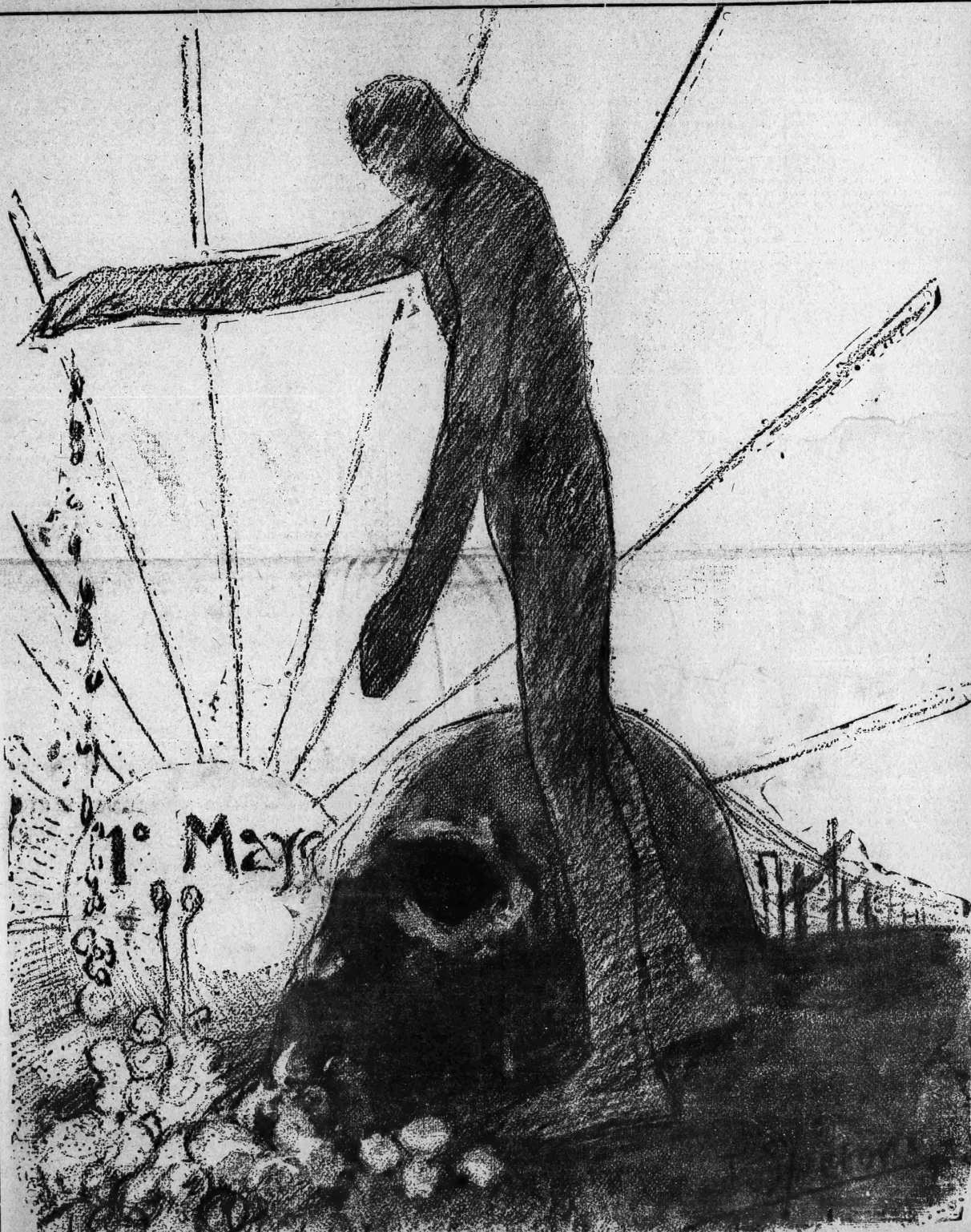
Buenos Aires, Martes 1.º de Mayo de 1917

Precio 0.05 centavos

(Porte pago)

Núm. 3050

1886 - 1.º de Mayo - 1917



El hombre sembró el Bien sobre la tierra virgen: la Humanidad cosechó el Mal, en los surcos, que removió el Tiempo enterrando el odio y la vileza que brotó cual la cizaña en medio de los trigales... Y hoy, el símbolo de todos los humanismos cayó por tierra despedazado. Surgió a la superficie el polvo de épocas milenarias y revivió en el Hombre la bestia instintiva del Pasado. El odio y la tracundia oscurecieron el presente, tendiendo un negro crespón sobre el Futuro. ¡Mayo! ¡El Mayo redentor de los pueblos sufrientes! ¿Que significado tiene para la Humanidad en este bochornoso momento de la Historia, en este minuto de la vida de los hombres que se revuelcan en el cieno de la vileza? ¡Oh, quién pudiera contemplar la apoteosis final de la Tragedia!

RO. —
atizantes,
rá el sa
en nue
para in
Lo Loc
correspo
mbio de
Asuntos

ONAL:—
socio y
asamble
o Lo de
fuecio
tratar la
orme de
, y resul

ción, co
a bene

... 60.10
... 6.40
\$ 66.50
\$ 66.50
\$ 7.—
\$ 56.50

Crudo.
do de est

la el do

... 138—
... 60—
... 15—
\$ 75—
\$ 138—
\$ 75—
\$ 63—

Crudo.

Cabeno,
Galto, D.
Gómez, P.
Congreso
N. de Bar
Giménez,

filmes
abacos

Los heroes de Chicago

(Párrafos de una crónica)

Crece el obrero tener derecho a cierta seguridad para el porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentarse sin ansiedad a los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, a alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido. Y cada vez que en alguna forma eso pedían en Chicago los obreros combinaban los capitalistas, castigándolos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz, echándoles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus patas en cabeza de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño; recordándoles al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganzas.

Y no en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra, bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado de balísticas.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la presidencia de la república, creyendo en la humanidad como en su único Dios, reunía a sus secretarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los duros de la gente obrera, sola después de él romper en arrebatado discurso, así que dicen que con tanta elocuencia, burla y llanamente, no se pintó jamás el tormento de las clases abastadas; rayos los ojos, metralha las palabras, cerrados los labios, y luego hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del Arbeiter Zeitung, escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa; razonaba la anarquía; la pintaba como la entrada desahogada a la vida verdaderamente libre; durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el alarín, el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recordaba su estilo como si descascara un diamante. Narciso fúnebre, se asombraba y se complacía de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la madre cristiana se prende a la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de su levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y fúlgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán; y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Mosa la mano en aquellos pechos reventados y velados, y les pasaban por ante los ojos, les exprimía, les daba a oír las propias entrañas. Cuando la policía acababa de dar muerte a un huelguista en una refriega, livido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el incentivo de su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carajal de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

Engel, pujaba por tener al anarquismo en pie de guerra, y él a la cabeza de una compañía; e iba de un grupo a otro; asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos; era miembro del «Leth und Wehr Verein», de que Spies era también miembro, desde que un ataque bru-

tal de la policía, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse para defenderse, a combatir, co- bo hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Springfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el gran retelche, el autónomo.

¿Y Lingg? No consumía su viril herencia en los amorcellos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhäuser o Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensartado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el boro le nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al rincón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

«Oh, Fischer, cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcalde que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no haber pasado como una fiera la alcaldía!»

«Porque — responde Fischer — clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos, — creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposeí desde que comencé mi vida, y amo yo más balador, y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta. Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya sólo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastro de las voces, y los pies, está la vida que en la sangre se te hecha, cómo no tiembles, Engel?»

«¿Temblar por que me han vencido aquellos a quienes yo hubiera querido vencer? Este mundo no parece justo; y yo he batallado, y batallado ahora con morir, para crear un mundo justo. Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¡Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa, como la nuestra, desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No! alcalde, no quiero dormir quiero vino de Oporto! Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el Arbeiter Zeitung el universo doloroso, color de llama y de hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una u otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: «Alcalde, beberé un vaso de vino del Rhin!».

Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que en las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de «La Madre» que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuartito: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elias: tiende las manos, como para recibir el don, vidiéndose hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, saca de la puña alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de blanco, vivos en medio de las llamas, lóbregos muros parecían, como el big cuando el ruido improvisto, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcalde y los carceleros que aparecen a sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncia, lo que oyen sin inmutarse, que es aquella la hora!

Salen de sus celdas al pasadizo angosto: «Bien? — ¿Bien? Se dan la mano, sonríen, crecen. «¡Vamos!» A Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con espasmos plateados: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero; les echan por la cabeza, como la túnica de los

catecúmenos cristianos, una mortaja blanca. Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca; delante va el alcalde, livido; al lado de cada reo, marcha un corchee. Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja; magnífica su frente; Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñando por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los formidables miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo...

José MARTÍ.

HOY

Un año más que pesa como una maldición sobre nuestros hombres, encorbandonos, aviejándonos, sin importarnos la tragedia de 1887, allá en Chicago.

Treinta y un años desde la defensa gravitando a horcajadas sobre el pueblo, y éste, apenas si un día de cada 365, recuerda a los que convino al Estado y al capital, 17 meses después, en que el proletariado norteamericano pagaba con cinco víctimas, la protesta a un hecho burgués, reunidos pacíficamente en la plaza de Haymarket.

372 meses han corrido por nosotros indignándonos en un día unos instantes para olvidarlo más tarde, hasta otro año que tornemos a sentir la indignación metódica, intraducible, en un gesto airado, definitivo, para la gran tragedia.

135.782 días en muchos de los cuales han vuelto a caer hermanos nuestros sin que haya llegado hasta nosotros el germen de la revuelta para la venganza que es justicia, en desquite de la afrenta, haciéndose eterna, burla, pantomima y autoriculización por nuestra apatía y degeneración hacia el sometimiento.

Emerde social que la han hecho, que la hemos hecho, que la hacemos política, cristiana, culpable, y que desdico

nuestro pregon de amor a la justicia, que invierte los términos libertarios pregonados por labios mustios y cobardes en error de valentías. Aniversario místico sin acción, cuando debería ser de eco de tragedia, volutas de revolución, revolución misma en epepeya de triunfo, como única flor de nuestras manos a sus tumbas, no de héroes, pero sí de víctimas de la libertad.

Aquellos hombres sacrificados a la sociedad burguesa, iniciadores de una era libre, impulsadores de la transformación social, cada año, a plazo fijo nos hace recordar a hechuras de rito mitológico, el martirio de los que sucumbieron, y es triste, cobardemente triste, que ya que no supimos vengar la afrenta cualquier día de los yaidos, al menos, en este que vence un año más de la tragedia, no flébramos ginecear de dolor, sino asaltar reñéndolo, a los verdugos para el buen desquite.

Como un haz de rayos, aquí los desposeídos, en avalancha indomable que precipite al abismo, el absurdo sistema que llevó a la horca a los bravos que en Chicago, iniciaron la jornada de la libertad.

Aquí los hambrientos, haciendo de sus cuerpos lanzas, de sus gritos voz de batalla, de su vida germen precursor, para que a la luz del nuevo día, resplandezca el sol de las grandezas en apoteosis de triunfo.

Como una galerna los odios acrisolados!

Altivo el gesto y retadora la mirada, mientras el puño caiga pesado sobre el cráneo del eterno enemigo, Antorcha y hacha: luz que incendie y filo que hiera en este abordaje supremo y definitivo.

A precio de vida hay que obtener la libertad, como en un desquite de desprecio. Lo quieren, es preciso. ¡Hay que ser hombres, o fieras, o rayos!

¿Entonces?

Aquí los desposeídos, como un haz de rayos, en avalancha indomable que precipite en este, primero, de mayo, el absurdo sistema que llevó a la horca, a los bravos que en Chicago, iniciaron para el mundo proletario, la era de la libertad.

Julio AMOR.

El dolor de los pueblos

Germina el dolor en el seno de las humanas colectividades: el dolor que agobia, el dolor que mata, el supremo dolor parido en la noche social de los pueblos embrutecidos, de los pueblos que amasaron la vileza en las cavernas morales del pasado...

El dolor se ha traducido en interminable clamoreo. Sobre la tierra enrojecida en sangre, se erige el altar de los odios; la humanidad no ama, porque el dolor sufre petrificado al corazón del Hombre. La civilización, el progreso, la cultura, son pingües risibles que enarbolan en la punta de las bayonetas los bárbaros del Militarismo. Sobre el mundo moral de los pueblos aletea fatídico el agorero pajarraco del Clericalismo: resurge en el calvario caótico de los hombres, la mortal primaría de los fanáticos adolorados del dios absurdo. Y en medio de ese farrago de inconsecuencias, en ese maremagnum de pasiones, pocos, muy pocos son los hombres que se mantienen firmes en su puesto de combate: la ola formidable de los odios derrumbó en un momento lo que costó siglos de lucha y sacrificios.

El dolor parece haberse encarnado en la naturaleza humana; los pueblos lo admiten como un fatalismo imposible de ser determinado; lo proclaman los impudicos sacerdotes de la Religión, lo explotan en su beneficio los mandones, comercian con él los que hacen de la vida el más bochornoso de los mercantilismos. Y los hombres, que no saben más que del dolor, que creen haber nacido para el sufrimiento se esfuerzan en sembrar de abrojos la senda de su vida doliente...

Contemplad el espectáculo que ofrecen los pueblos! Un gemido prolongado anuncia el estertor de miles, de millones de vidas que caen violentamente... Truenan los cañones, las bombas de los obuses roturan la tierra en profundos surcos que atraviesan las capas geológicas: cual si quisieran sacar a flor el polvo de las épocas milenarias. Y sobre las ciudades en ruinas, los campos debastados de la tierra calada por el fuego de metralla pasan los ejércitos aserrallados: los ejércitos de la patria que de-

fienden la civilización, el progreso y la libertad de los pueblos. ¡Alcanzais a comprender todo el dolor que revisite el panorama que hoy nos ofrece el mundo civilizado? ¡Alcanzais a medir el contraste que nos ofrece esta sociedad envilecida, en su insensatez y en su locura, al pretender civilizar matando, y defender la libertad y el progreso con la punta de las bayonetas, con el mortífero salvajismo de los cañones, monstruos que en su estridencia, pregonan la muerte y el estertor?

El dolor va gestando las humanas desesperaciones; el dolor ha endurecido el corazón de los hombres de hoy, de los hombres enloquecidos por el choque brutal de las pasiones. Y ante la seriedad del presente se en do cubre la tragedia del futuro. Nuestros hijos, los hombres del mañana, heredarán nuestra seriedad, porque son engendrados en momentos de amargura suprema, porque serán amantados con el dolor que vive en el seno de las madres, y sus labios permanecerán mudos, esleriles para la sonrisa; labios en los que se reflejará la humana tragedia de los siglos.

Emilio L. ARANGO.

Buenos Aires, mayo de 1917.

El evangelio de la riqueza

Original en extremo me resulta cierta filosofía de barullo que por esos mundos circula, causando no pocos desastres en las mentes brumosas y en los caracteres indecisos, y que por lo utópico y descabellada puede parangonarse con el amaños los unos a los otros, de Jesús en una argucia social que fatal e ineludiblemente produce la antítesis de esta frase, es decir: odiosos los unos a los otros.

Es la filosofía, o llámese como se quiera, del misántropo Carnegie, caritativo millonario que, avergonzado de sus milicias, objetando de manera escandalosa e injustificable, se ha impuesto la tarea de restituir en parte lo que ha sustraído a la comunidad,

fundando al efecto bibliotecas, laboratorios, institutos, sociedades de auxilio, de beneficencia y todo el artilugio mecánico empleado por las «clases altas» para torcer las tendencias de los desposeídos y enredarlos al mismo tiempo en las redes de la caridad.

Su finalidad no es, como pudiera creerse, la de anular por completo la vergonzosa diferencia entre pobres y ricos, problema social que exige la más inmediata de las soluciones, instituyendo a todos por igual en propietarios de la riqueza social, (nada de estas finalidades que apestan a socialismo o comunismo) sino que desea, simplemente, administrar la riqueza de tal modo que se establezcan vínculos de fraternidad entre el pobre y el rico. O lo que es lo mismo: entre el lobo y el cordero.

Como todos los que de su clase se han metido a redentores, se lamenta porque se halla, o supone hallarse, en la imposibilidad de cambiar el presente régimen social por otro más armónico, sosteniendo que, «como incapaces de originar una transformación, y por consiguiente, debemos aceptar y aprovechar lo más positivo del desorden actual, porque criticar lo ignominioso es perder el tiempo».

Llama la atención el hecho curioso de que pocas líneas más arriba afirma rotundamente que el caos en que nos vemos envueltos ha sido debido a una transformación completa en las condiciones de la vida humana.

La desigualdad es inconcebiblemente grande. Tiene ocasión de constatar que las condiciones de la humanidad son susceptibles de modificarse merced a un cambio en las costumbres y hábitos de los individuos y a renglón seguido niega esta posibilidad, alegando que «somos incapaces para ellos».

¿Incapacidad? ¿Cómo es posible, entonces, que el cambio en nuestras instituciones haya sido efectuado por el esfuerzo de los hombres, siendo, como cree, impotentes para tan magna labor?

Afirma luego, que esa transformación humana consiste en la división del trabajo, causada por la aplicación de las máquinas, que hace acumular en espacios reducidos, grandes cantidades de obreros manuales, originando así, muchos males sociales, uno de los cuales es el violento contraste que se nota entre la vida del potentado y la del harapiento.

Pero, ¿cosa rara! lejos de deplorar esta consecuencia y atacar sus causas, aplaude de la mejor voluntad el delirante capitalismo y llama admirable desarrollo material a la espantosa miseria que sufren las nueve décimas partes de la población mundial. Defiende con calor a la «ley de competencia», a la que asigna una importancia inmensa en nuestra evolución, y dice de ella que: «nuestro admirable desarrollo material, nuestra civilización y nuestro progreso se deben a esa ley, y sea o no benéfica, es lo que es, y no podemos evitarlo; con nada puede ser sustituida, y si a veces es dura para el individuo, es buena para la especie, pues asegura selección de los mejores en todos los órdenes».

La ciencia hace mucho que ha dado su palabra sobre este punto y por cierto que su fallo no se aviene en nada con la conclusión de Carnegie, puesto que ha demostrado, como dos y dos son cuatro, que la felicidad del individuo es idéntica a la de la especie, y que si así no fuera esta última no solamente no hubiera podido avanzar y progresar, sino que ni siquiera existiría.

Carnegie, rechazando a la ciencia, y despreciándola con su afirmación ilógica, supone que el bienestar del individuo no corre siempre paralelo al de la raza, siendo a menudo antagónico.

Supongamos diez frascos conteniendo todo ellos tinta negra, colocámoslos en un rincón de la habitación y un undécimo frasco. ¿Será blanca la mezcla? Imposible, ¿verdad? Pues para el misántropo Carnegie, es posible.

Cien mil, un millón de individuos sufren privaciones y hambres sin cuento; el conjunto de esos cien mil o un millón de seres desdichados e infelices constituyen un pueblo o comunidad feliz o dichosa, sin hambre ni privaciones de ningún género. Desentrañe, el que se sienta con fuerzas para ello este geroglífico.

He ahí a donde ha venido a parar Carnegie, por cerrar obstinadamente los ojos ante la luz de la fraternidad y interpretar el mequetrufo bienestar de una clase fuerte y aduadada del poder como una felicidad social que alcan-

LA PROTESTA HUMANA

Periódico Anarquista

SUSCRIPCION
Semestre \$ 1.00
Año \$ 2.00
Paquete de 25 ejemplares 1.00
Pago adelantado

APARICION QUINCENAL

Numero suelto - CINCO CENTAVOS

DIRECCION:

G. Lafarga
Casillado Correo 1227
BUENOS AIRES

A los compañeros

Contra lo que nos habíamos propuesto, debido a la falta de medios pecuniarios, LA PROTESTA HUMANA, por el presente, no puede aparecer semanalmente, y aparecerá cada quince días durante el tiempo que tarde en recobrar una regular cantidad por suscripción voluntaria destinada a la creación de un fondo de reserva para asegurar la aparición semanal.

Los compañeros que han satisfecho el importe de la suscripción por un trimestre, les valdrá ahora por seis meses.

REDACCION

En la brecha

El título del periódico que ofrecemos al público es bastante expresivo para dar una idea de los propósitos que abrigamos.

Animados por un ideal de magna justicia, venimos a ocupar un puesto en la brecha, en donde se lucha con heroísmo y entusiasmo por la emancipación de los pueblos.

La maldad triunfante nos ha hecho sedientos de justicia; el estado de opresión en que vivimos nos hace amar a la libertad con delirio, la generalización de las ciencias ha contribuido en hacernos hombres conscientes.

La observación y el estudio nos han revelado la causa de la terrible dolencia que aqueja a la humanidad: ella está en la existencia de la «Autoridad», y a esa plaga oponemos nosotros la «Anarquía».

De nuestros ideales deseamos hacer partícipe al público inteligente, exponiéndolos con la mayor claridad posible y defendiéndolos con lógica argumentación.

Pertenecemos a la «tripulación» de la barca nave «Sociedad», que navega en mar revuelto. La «oficialidad» pretende aprovechar nuestras fuerzas para dirigir el buque hacia el puerto de la «Reacción», en donde ella en demerita esclavitud. Nuestros esfuerzos tienden, pues, a oponer firme resistencia a la «oficialidad» y dirigimos decididos hacia las playas donde resplandece el sol de la «Libertad».

Y al venir a ocupar un puesto en la brecha, LA PROTESTA HUMANA saluda a cuantos aman la verdad, a los que trabajan por la emancipación de los desheredados, a los que luchan por la desvinculación de los privilegios, a los que preparan la participación equitativa de todos en el patrimonio universal, a los que sufren por la conquista de esos ideales, y por último, a la prensa que se dedica al estudio de la cuestión social y a la que cuyos esfuerzos tienden a generalizar los progresos de la ciencia para anular la fuerza terrible de las preocupaciones adineradas.

LA REDACCION.

EN DEFENSA DE NUESTROS IDEALES (1)

«La Comarca», de Bisbal, órgano del partido democrático federalista de dicha población, ha publicado un largo artículo, debido a la correcta pluma de D. F. Flores y García, en el cual se pretende demostrar que la anarquía es una «bellísima locura».

Siendo el trabajo en cuestión uno de los pocos que se publican de buena fe, conocimiento del articulista bastante las teorías que se combaten, aduciendo argumentos razonables en apoyo de sus tesis, y no una sarta de insultos, como muchos emplean para despreciarnos a los anarquistas ante la pública opinión, creemos procedente salir en defensa de nuestros ideales, tanto más cuando concebíamos que el razonado análisis de una idea hace verdaderamente mella en el ánimo del lector, lo que no consiguen las diatribas insultantes.

Al entendimiento y a la razón, se dirige el escrito del señor Flores y García; a la razón y al entendimiento apelamos en nuestra defensa. Y júzguese después si perseguimos una obra humana, posible de realización, o una vana quimera.

Seguiremos al articulista para contravenirle, en el orden mismo que ha desarrollado su tema.

Comienza el señor Flores por afirmar que la Anarquía es una aspiración muy bella, pero impracticable, porque los hombres no son ángeles, sino seres en cuyo corazón germinan el crimen, la traición, el vicio y la envidia; miserias y pasiones que trae el hombre consigo dentro de su ser al venir al mundo; añadiendo que si el hombre es la obra de Dios a él sólo le es dable modificarle, y si de la naturaleza sólo ella puede cambiar las leyes constitutivas de su existencia.

No creemos procedente discutir si el hombre es obra divina, porque lo sobrenatural es cuestión de fe y la fe la pintan con los ojos vendados y nosotros a lo que vemos únicamente podemos aceneros.

El concepto que resulta analizable es este: el hombre es malo por naturaleza. ¿Cómo puede probarse? Por sus naturalezas, por sus vicios, por sus crímenes, dice el señor Flores. Y nosotros innegable: que la inmensa mayoría de la humanidad es buena hasta el exceso, si puede admitirse la exageración de la bondad. Siendo los hombres por naturaleza malos, ¿podrían los medios autoritarios sujetarlos constantemente a procedimientos buenos? Malos serían los que mandaran y malos serían los que obedeciesen. No podría producirse más que maldad; y sería un contrasentido que una cosa mala produjera algo bueno. Admitiendo que los buenos importasen la ley a los malos, se probaría que serían más los buenos y entonces tendríamos nosotros razón. Además, en la propia conciencia sentimos que dominan los afectos generosos. Nuestras familias, nuestros amigos, nuestros conocidos, no nos revelan en la intimidad y en los actos externos que son buenos? No señalamos también al individuo que, por perezosa, se nos presenta repulsivo por malas inclinaciones? Y esto, que es la normalidad de la vida, ¿no es una prueba de la bondad humana?

Por otra parte, si examinamos algunas causas productoras de la criminalidad, ¿cómo podremos deducir la maldad natural, cuando la ignorancia, la miseria, la propiedad, el autoritarismo, la irracional cohibición de las pasiones, el estado de violencia en que han puesto a la sociedad las clases privilegiadas arrojan cada día sus víctimas a las cárceles? Y estas no son causas de la maldad, sino de la sociedad; ¿cómo tampoco es prueba de que los castigados sean malos, sino precisamente desgraciados que han sufrido los efectos de mala condición social. Lo que si es pasmoso por toda ponderación, es que todavía haya gentes de bien cuando el ejemplar es tan pernicioso. La suma miseria en unos y el espectáculo irritante de derroche de riquezas en otros; la honradez menospreciada y el dinero respetado y enaltecido; el trabajo puesto en condición envilecedora y penosísima y la holgazanería nadando en el fausto y el placer; para unos siempre el mando, para otros la obediencia; nuestras familias continuamente suspirando y zanjando por caer de lo indispensable, y las de los ricos llegando al tedio por no saber qué hacer ni en que emplear el tiempo; todo ello, ¿no excita la piedad, el fastidio, el embrutecimiento, la envidia inerte y el desecho criminoso?

Y esto, viene de naturaleza o de instituciones criminales que producen la explotación del hombre por el hombre? Cuando no se vea el caso de un hijo mato a su padre porque, en provecho de otro hermano, vese desheredado y sin recursos para vivir; cuando las mujeres no se vean precisadas a prostituirse para la conservación de su existencia, cuando no haya acachadores de horas para matar

el tiempo; cuando no haya tanto brío enalzado y tanto pobre aborrecido, entonces podrá hablarse del instinto natural hacia el crimen, si criminales quedaran; en tanto, no hay, no puede haber justicia en tratar de criminales y los delincuentes, porque es ya una vulgaridad saber que de pobres y desgraciados están llenas las cárceles, y que los ricos y grandes bandidos se pasean impunemente y la sociedad les respalda.

Podrá haber algún caso criminal por naturaleza, pero por deformidad, por organización defectuosa, como se produce el idiota, el loco, el escrofuloso, el sordo-mudo, el ciego, el paralítico, etc., y estos casos, ¿basta para sostener que nacemos con tendencia al mal? ¿estas excepciones no confirman la contraria regla general?

Por lo expuesto, pues, negamos la afirmación del señor Flores y García, y sostenemos que: el hombre nace bueno ni malo, y se acomoda al medio en que vive; que en los tiempos bárbaros, no por maldad, sino por las condiciones en que había de vivir era bárbaro; que a medida que sus conocimientos se han multiplicado y por ellos proporcionándose más comodidades y garantías de subsistencia con menos falta, suavizándose sus costumbres, se ha civilizado, lo cual prueba también la capacidad y tendencia al bien, no al mal; y que hoy, a pesar de que la sociedad es tan mala, relativamente al progreso efectuado ya en los cerebros, el hombre se desarrolla bueno en aptitud bastante para portarse dignamente en una sociedad anárquica, una vez desahogado del mundo la opresión y degradante dominación del privilegio.

Y esto que consideramos irrecusable, destruye la premisa sentada por el señor Flores y García, de que el hombre es por naturaleza malo, y, por tanto, fáltale ya a su trabajo una base fuerte en que apoyarse.

Por lo demás, el señor Flores no ha pensado tampoco en una consecuencia lógica: si su premisa fuese admisible, que ya se ve que no lo es, ¿cómo pensar en la posibilidad de la perfección humana? No se salvaba ciertamente la Anarquía; pero tampoco lograría nada para la república democrática federal, que se presenta como eficaz panacea, ya que siempre en el corazón del hombre germina el crimen, la traición, el vicio y la envidia; porque aún sin ser ángeles los hombres, necesitan para la república hábitos de libertad, nociones de derecho, principios de justicia, que rechazarían a la naturaleza humana si fuese tan perversa, como nos la pinta el señor Flores, una dejada de la mano de Dios, que por ser este principio de bondad suma y de indudable justicia, según opinión de los creyentes, buena, buena resultaría su obra. Nosotros nos contentamos con admitir la naturaleza tal cual es, y procuramos establecer la sociedad humana en armonía con ella, lo que nos parece más cuerdo que la funestísima locura de vivir vida ficticia y desesperante sólo por mantener una orgullosa supremacía.

Consecuente el Sr. Flores y García en sus creencias religiosas, nos dice con toda seriedad:

Toda justicia viene de Dios, y como el hombre no sabe recibir esa justicia de tan alto, de aquí la necesidad imperiosa del gobierno, de las leyes: principio de autoridad, en una palabra.

Mucho saber es ese, de que la justicia viene de Dios, y podríamos sospechar de la veracidad del señor Flores, ya que a continuación nos dice que el hombre no sabe recibir esa justicia de tan alto, a no ser que la sea recibida, lo cual es absurdo, ya que nosotros no podemos discutir creencias que se apartan de la razón natural, pues no somos peritos en teología. Sin embargo, objetaremos: si toda justicia de Dios viene, y el hombre no sabe recibirla de tan alto, ¿quién son esos hombres que aplican la justicia en la tierra? ¿Son seres como nosotros o no? Si lo son, y como tales hombres no han podido recibir la justicia de lo

alto, y, por tanto, ignoran lo que es justicia, ¿cómo se atreven a abrogarse la facultad divina e imponen una cosa que no entienden? Y si no son hombres como nosotros, ¿cómo probáramos? Porque nosotros no advertimos la diferencia. La sana lógica debe aconsejar que creyendo en Dios, sólo él sabe y puede administrar la justicia. Los hombres son todos pecadores acá en la tierra, y, por tanto, impotentes para representar y aplicar la justicia. Aún quedaría peor la justicia humana, si se admitiesen las creencias del señor Flores.

(1) Por ser en todo tiempo oportuno, publicamos este interesante estudio que apareció en las columnas de «El Productor» de Barcelona. Es una brillante refutación a los párrafos de un crítico de la Anarquía, y una magnífica exposición de nuestros ideales.

(Continuá.)

La mujer y la familia

Todo es egoísmo, cálculo, interés, en la sociedad. ¿Forma la familia una excepción a la regla general?

Este es uno de los temas más importantes: pues la constitución de la familia, al propio tiempo que está basada sobre la manera de ser de la sociedad, ejerce a su vez una gran influencia en la organización social.

A tal sociedad, tal forma de agrupación en la familia, podría decirse.

No se cambiará la organización de la sociedad sin aportar serias modificaciones a la de la familia.

Las mismas causas que enconan las relaciones de clase y engendran los privilegios y la opresión en la sociedad, obran en el círculo de la familia, sustituyendo con frecuencia la discordia, la maldad, en donde debería reinar solamente la solidaridad y el amor.

La forma dada a la familia viene a ser un baluarte del egoísmo, una fortaleza de la propiedad individual, a menudo vehículo que conduce al reinado del embrutecimiento, y, en todas ocasiones, una barrera elevada entre los hombres; barrera que nos divide y permite a los despotas reinar entre ellos.

Sin embargo, apresurémonos a reconocerlo — la familia es algunas veces un oasis en el desierto de la sociedad actual.

Constituye una pequeña comodidad en la que cada uno trabaja según sus fuerzas y consume según sus necesidades. El fuerte, se afana por el débil, el débil se desvela por el niño, el niño se consagra al enfermo, y eso se hace sin esperar beneficio directo de tales acciones; se ama y se presta mutuo apoyo, hallando en el cumplimiento del deber de solidaridad, la mayor de las recompensas.

¿Qué noches pasa la madre junto a la cuna de sus hijos! ¡Cuántas veces adulto se desvela por el niño, el niño al sueño cosiendo o arreglando cualquier pieza de vestir para el chiquitín querido!

Si debiera evaluarse según las reglas de la economía política el trabajo que la madre hace en casa, alcanzaría un precio incalculable; pero entonces el citado trabajo perdería todo su encanto. No se hallaría ni una sola mujer que quisiera realizar la centésima parte del mismo, si tuviese que pagárselo en otra forma que la del amor.

Ningún padre de familia se resignaría a la esclavitud del taller, a las vejaciones del capatza y a todos los sufrimientos inherentes a su situación proletaria, si no se hallara recompensado en parte por el amor de sus seres queridos de aquello que le arrebatara la avaricia del patrón.

Pero el amor, el sacrificio, la solidaridad, no son patrimonio sólo de la familia legal; todo lo contrario: una esposa ilegítima, una doncella madre, un amigo, son tan capaces, o quizás más, de sostener aquellos sentimientos que las personas casadas legalmente. Cuanto ma-

za a todos los mortales.

No quiero pasar adelante sin antes hacer notar en ese mismo soberbio párrafo, digno de figurar en un escrito de Malthus, un error en que incurrió voluntariamente y a sabiendas el divertido millonario yanqui.

«... La ley de la competencia asegura la selección de los mejores en todos los órdenes».

¿Qué podremos replicar nosotros a este nuevo desatino? Nada nuevo ciertamente. La cuestión es vieja y mucho ha dado que hablar a los sabios. Pero podemos aventurar, sin temor a equivocarnos, que Carnegie, en su fuero interno, considera que sólo es digno de llevar el título glorioso de seleccionado, aquel que más monedas consigue apilar en el transcurso de su vida. Es esta una cuestión de amor propio e interés de clase. Carnegie es millonario y como tal no puede considerar a los de su clase como unos grandísimos tumanes a menos de declararse a sí mismo un bribón de siete sellos. Es lo natural para él llamar seleccionados a los que hanse adueñado del poder económico por medio de la astucia y el engaño.

Leemos más adelante: «Si teóricamente fuese de desear un cambio, su realización cuadraría a un estado sociológico muy lejano. Nuestro deber es hacer lo que hoy es práctico: el progreso inmediato y posible en nuestros días y para nuestra generación».

Véase de qué manera, y por qué ocultos caminos, este evangelizante burgués se coloca a sí mismo la cuerda al cuello. En su mismo evangelio escribiera:

«... Somos incapaces de originar una transformación, y por consiguiente, debemos aceptar y aprovechar lo más posible el desconcierto actual, porque criticarlo lo inicitable es perder el tiempo».

Confróntese estos dos pensamientos, los tan contradictorios y se verá la extrema volubilidad con que se expresa el hombre interesado en hacer predominar un determinado interés de clase sobre los verdaderos intereses de la humanidad.

Eleva alturas a la ley de la competencia; acepta y santifica la desigualdad social y el odio entre pobres y ricos, declarando semejante estado patológico de las sociedades como inmovilizable en sus bases, y luego, con una cándida fe y exaltación, predica su evangelio de fraternidad entre el pobre y el rico.

«Ser o no ser; esta es la cuestión».

O se acepta la eficacia de la ley de la competencia en todas sus desastrosas consecuencias, y se anula, como Malthus en Europa y Roosevelt en América; aghones ricos; pistoleado al débil; matad y destruid para levantar vuestra felicidad!»

O bien, se repudia a esa ley monstruosa y el hombre consciente se plea sinceramente al ejercicio de la verdad. No hay medias tintas. O Malthusianismo, con el corazón rebosando de insensato odio, o apostolado, todo amor y fraternidad.

Por otra parte, Es preciso que el pueblo abandone de una vez por todas a esos falsos apóstoles que para encumbrarse seducen a las multitudes con el señuelo de una utópica reforma que no deja de ser un mero paliativo.

El progreso inmediato y las mejoras prácticas son perfectamente imposibles en nuestro medio social, y estrujados, como lo estamos, por la opresión económica.

Lo prueban eficientemente los cuarenta y cinco años de legislación socialista con su nula acción de mejoramiento, y los mismos burgueses están contestes en afirmar que el régimen que soportamos produce inevitablemente la injusticia social.

Por consiguiente, esa inútil e ineficaz medida de pretendido progreso, que para el millonario Carnegie es una artificiosa administración de la riqueza, no conducirá a nada práctico.

Y decimos que no conducirá a nada práctico por la razón sencilla de que no se subsanan y corrijen las verdaderas causas del malestar reinante.

No es la mala administración de la riqueza por parte de sus pretendidos dueños lo que aqueja a la sociedad, sino que es el mal sistema de producción y distribución de la misma, así como la arbitraria apropiación que de la riqueza social hacen unos individuos en perjuicio directo de los más.

Anhelar un cambio de moral ambiente dentro de nuestro actual medio social es algo pueril. El progreso se opera en todas las manifestaciones de la vida individual y social y a una nueva organización económica corres-

ponde, como lógica consecuencia de resolución una moral diferente a la practicada hasta entonces.

Resultado de esto que Carnegie, pretendiendo asentar una nueva moral en una sociedad, cuyas relaciones económicas son las actuales, incurre en el error de confundir un efecto con la causa que lo produce.

El odio entre unos y otros, consecuencia fatal de nuestra vida, dentro de las comunidades, ha de forzar al individuo a cuidar ciertos falsos intereses en detrimento de otros, más verdaderos. El individuo aplastará a sus vecinos; los humillará, si puede; derramará una oleada de luto y sangre en su derredor, y llegado a la cumbre, oír, como quien oye llover, la voz de un Carnegie, que predicará junto con León XIII: «Administrad vuestra riqueza como si fuera la de la comunidad; considerad los ingresos como un depósito o fideicomiso, que tendréis que administrar del modo adecuado para que produzca a la comunidad, los frutos más beneficiosos que sea posibles».

No son las clases propietarias y capitalistas las que han de encaminarse hacia un porvenir de mejores días, puesto que ellas nada nuevo añaden, como tienen, todos los gozaces del cuerpo y el espíritu al alcance. Las clases desposeídas, en cambio, mejor responderán a las llamadas que el apóstol hace a la sociedad, pues es la que sufre y soporta las injusticias sociales.

Por eso es que, en cuestiones sociológicas, como la que nos ocupa, debemos acogerlos a las teorías deterministas, a fin de poder sentar sobre sólidas bases la posibilidad de una reorganización de la sociedad.

La razón de la inmensa popularidad del socialismo entre todas las más doctrinas estriba precisamente en su carácter determinista, en cuanto afirma que la igualdad será un hecho cuando la clase obrera haga como la tierra y los instrumentos de producción, arrebatándolos a sus actuales detentadores.

Así comprendido un cambio social, no nos llevará el error por falsos caminos, sino que poco a poco, paso a paso, como un río seguro, llegaremos al momento crítico del final de una evolución sin extraviarnos con visiones cosmogónicas ni torcer nunca ruta por seguir una falsa reforma.

ORION.

Un rebelde

Una tarde Manolito, al volver de la escuela, se acercó a su madre y le gritó casi en las narices:

—¡Maná, no voy más al colegio! ¡El maestro es un asesino! ¡No quiero ir más al colegio! Y para corroborar su decisión, arrojó lejos de sí, con furia, los libros. La pizarra, al caer sobre el duro suelo del patio, se hizo pedruzcos.

La madre lo miró asombrada. Sin acertar a explicarle una actitud tan extraña. Luego, al ver la pizarra rota, destrozada, se abalanzó sobre Manolito y, tomándolo de una oreja, lo sacudió indignada.

—¡Ah bruto! ¡Con que así destruyas lo que gana tu padre! ¡Toma, toma! Le dio dos cachetes que resonaron como bombas. Manolito rompió a llorar con violencia. Entre gritos repetía que el maestro era un asesino, y que no volvería más a la escuela aunque le quebraran los huesos. Se desahogó de su madre y corrió a patear los cuadernos, los libros, los pedruzcos de pizarra que quedaron convertidos en polvo. Luego disparó por el patio adelante, hacia la calle, con el puño en alto, amenazador, chillando, diciendo que iba a esperar al maestro a la puerta del colegio, para tumbarlo a patadas.

La madre estaba enojadísima. Recogió del suelo los útiles de su hijo, maldiciendo el día que lo había parido.

—¡Qué hijo insolente, ¡Dios mío! ¡Ya lo arreglará su padre! Al anochecer, Manolito se acercó a la casa temeroso. Entró temblando, con el susto en los ojos. Al ver a su padre sentado al lado de la pizarra, sorbiendo el mate, se detuvo. Notó que el rostro de su padre estaba tranquilo. Se acercó más, y al verlo su padre, lo llamó:

—Vení acá.

Manolito temía, pero avanzó. Tengo quejas de vos. Tu madre me dijo que rompiste la pizarra y me no querés ir más a la escuela. Quiero saber porqué, explicate.

Manolito, entre lágrimas sinceras, dijo que aquella tarde el maestro le

yo es la necesidad, cuanto mayor es la angustia, más superiores se vuelven el amor y el sacrificio, y más pronto llegan al heroísmo. —No olvidemos que la familia legal supone desde luego cierta grado de comodidad; los que nada tienen no se casan ya. El casamiento, aún llevado a cabo lo más económicamente posible, es un lujo que ellos no sabrían darse. Y son esos pobres desheredados los que nos dan a menudo ejemplos los más conmovedores de fraternal abnegación, de sacrificios recíprocos, de herética solidaridad.

Una infeliz joven, abandonada por su seductor con el fruto de su amor, dando su vida, vendiendo su cuerpo para nutrirse, es una figura mucho más admirable que la madre legal más solícita.

¡Cuánta distancia entre las pequeñas virtudes burguesas en el fondo de las cuales se descubre siempre la avaricia y el egoísmo—y la sublime inmortalidad de esta pobre muchacha!

Mas, por algunos actos de desinterés que se producen en el seno de la familia, aún en la legal, ¡cuántas inconveniencias y cuánta maldad! ¡Qué de falsedades y mentiras en los matrimonios! ¡Qué de traiciones además! ¡Cuántas querellas, violencias y hasta crímenes se llevan a cabo cuyo eco no sale del hogar doméstico!

Cuanto más se asciende en la escala de las clases sociales, pasando de los pobres a los ricos y a los opulentos, cuanto más está fundada la familia sobre las riquezas, más raras se vuelven las virtudes y más numerosos los vicios; el amor cede la plaza a la hipocresía; la abnegación al egoísmo.

La familia fué desde su origen un medio de perpetuar la propiedad en la descendencia de los usurpadores. La familia se ha hecho para la herencia futura, para la herencia de malos sentimientos, de vicios, de crímenes.

Y no obstante, en la actualidad la herencia no está más asegurada que otras veces. Las fortunas viven lo que las rosas: el breve tiempo de una mañana. Los comerciantes, los banqueros y hasta los propietarios, no pueden estar seguros de poder llegar a completar la educación de sus hijos. La bancarrota les espera. El mal éxito de una especulación cualquiera puede reducir su fortuna a la nada, o comprometer su existencia.

A menudo, después de uno de esos desastres, la familia se disuelve; la mujer se entrega a otro hombre, los niños son recogidos por los parientes, encerrados en asilos o bien desmembrados por los cuatro ángulos de la tierra. De suerte que la familia burguesa sucumbe por la causa misma que ha precedido a su formación: el interés la ha creado; el interés la destruye.

Entre los obreros las cosas pasan de distinta manera. Lo que destruye a la familia obrera es la explotación capitalista.

Sucede frecuentemente que el hombre pasa el día en la fábrica, la mujer lo pasa en el taller, vendiendo ambos su labor al capitalismo. El hogar, puede decirse que no existe para ellos. El hombre se ve reducido a contentarse de una rabanada de pan con mantequilla u otra fruslería, comida aprisa en la puerta del taller; la mujer agota sus fuerzas en un trabajo inadecuado a su organismo y los niños se ven privados de los solícitos cuidados de la madre.

En el seno de la familia obrera el goce está ausente; no son escasos los días en que el hogar se halla sin luz, la mesa vacía, los niños no tienen comida, faltándoles a veces hasta el beso paternal. La familia, no tiene para el obrero más que penas y dolores! ¡Qué suplicio es el suyo, al ver, cuando falta el trabajo, a sus seres queridos debilitarse y sucumbir a consecuencia de las privaciones!

Añádese el caso en que el marido para olvidar sus sufrimientos se entrega a la bebida, o aquel en que los niños o la mujer están enfermos o el que el marido falta en la familia, sea por enfermedad o por otro accidente, y entonces tendrías un cuadro bastante aproximado de lo que es hoy la familia proletaria.

Las necesidades sexuales varían mucho del hombre a la mujer y de un individuo al otro.

Los casos en que los dos individuos de diferentes sexo se aman exclusivamente entre ellos, son muy raros, y son más raros aún, si se aman durante toda su vida.

Generalmente el amor tiene como todas las cosas humanas, una duración, un término. Además, no amamos siempre de la misma manera; nuestros sentimientos cambian o se perfeccionan; lo

que nos seduce y place en la juventud, se nos vuelve, sin embargo, indiferente en la edad madura. En cambio, en la edad madura sentimos más el encanto de ciertas cualidades impracticadas en nuestra juventud. Así pues, no es sorprendente que si todo evoluciona en el hombre, el amor así mismo evolucione; que el amor que hemos sentido por una persona se transforme en ciertos momentos en amistad o estimación y que otro amor lo sustituya en nuestro corazón.

Nada hay más absurdo que la indisolubilidad del matrimonio; nada más ficticio, ni más contrario a la naturaleza humana.

Es innegable que lo que generalmente une a dos individuos de sexo diferente, en la familia actual, no es el amor, sino más bien, como ya lo hemos dicho, el interés.

La mujer, como no siempre puede procurarse la subsistencia, se escuda con el hombre, se somete, se vende a él forzosamente, quedando a su cargo y atada al mismo como el molusco a la roca.

El hombre es la bestia de carga de la familia. Se revienta, se fatiga en el trabajo para llevar un pedazo de pan a sus hijos. Si éste le falta, si una huelga o una crisis comercial lo echa a la calle, se cree culpable de los sufrimientos de los suyos y a veces se sustrae a sus desgracias suicidándose.

El hombre, por otra parte, depende hoy tanto o más de la mujer, que la mujer del hombre. La familia le priva toda libertad; si quiere consagrarse a una causa debe pasar antes por sobre el cadáver de los suyos!

La mujer, a su vez, pierde en el matrimonio y en la familia toda su individualidad. No existe más que para el marido; éste, habiendo comprado su mercancía y sufragando los gastos de la casa, se cree en el derecho de pretender de la mujer obediencia pasiva y ciega, forzando muchas veces su dominación hasta llegar a la tiranía. La mujer viene en su ayuda autorizándole el crimen en ciertas circunstancias, y la opinión pública, más bárbara que la ley, atribuye al marido derechos de propiedad y una posición privilegiada dentro de la familia y de la sociedad.

Mas, todo privilegio reclama la resistencia y la venganza, y la mujer se venga de la tiranía del marido por medio de multitud de pequeñas astucias y desprecios, llevando su rebeldía hasta hacerle blanco de su ira. No existe, seguramente un odio que pueda igualarse al que ciertas mujeres sienten por su marido.

Y son sobre todo los hombres de más delicada sensibilidad los que sufren violentamente por este estado de cosas. Un hombre de corazón no abandonará a su mujer aún teniendo motivos para hacerlo, porque sabe que su abandono sería quizá para ella el desespero, la prostitución, la muerte. La mujer de corazón, en cambio, consentirá continuar siendo víctima del primer libertino advenedizo, tan astuto como cruel, antes de llegar a una separación.

¡Que no soportará una madre o un padre amante de sus hijos, antes de decidirse a romper con el esposo o con la esposa cuya compañía es causa de su desdicha!

Siempre el más amante, el más cariñoso de entre los esposos suele ser la víctima del otro. Y si los padres son iracundos, caprichosos, coléricos, entonces son los hijos que sufren la pena de las faltas y de los vicios de aquellos.

No; una familia así constituida, no puede subsistir más que en medio de una sociedad igualmente viciosa, corrompida y bárbara. Nacida de la propiedad individual, con la misma propiedad sucumbirá.

Mujeres libres e independientes, vosotras sois más respetables a nuestros ojos que aquellas que sufren la odiosa cohabitación impuesta por la ley y se ven reducidas a un ser que no aman!

Jóvenes: amaos, respetaos; más no queráis someteros a la hipocresía del matrimonio!

Y vosotras todas, solteras, madres y hermanas, ayudadnos a rebelarnos contra la sociedad burguesa, combatiendo el matrimonio, la propiedad, el Estado, y todas las iniquidades de esta corrompida sociedad.

S. M.

Todos aquellos compañeros que, sin ser suscriptores reciban este periódico y no avisen a esta Administración si desean continuar recibiendo, no se les remitirá ningún otro número por ignorar si lo reciben.

Se ruega además a los que enviamos paquetes del presente número se avisan

LA PROTESTA HUMANA

remidir a la mayor brevedad el cotre, pendiente importe; y a todos los que simpatizan con el periódico, que contribuyan a su publicación del mejor modo posible.

NOTAS

Según preocupándose los que entenden en el asunto, en el estudio de los mejores medios para la extinción de la langosta, que tanto da que sentir a los colonos.

Pero ahora se hace también urgente dar con otro medio para extinguir una nueva clase de langosta, que morde por la Casa Rosada, de tan fenomenales tragedias que amenaza diezmar por completo a la nación.

Lo que está sucediendo es inaudito. Se están cobrando impuestos y más impuestos, y se olvida el pago de sus haberes a quienes los tienen bien ganados.

En cambio, es de suponer que los escamuleños parlamentarios cobraran con toda regularidad sus mil pesos mensuales; que a tan subido precio les pagan el abrir el pico de vez en cuando para soltar cuatro simplesas.

Según decía «El Diario», los maestros de la capital no reciben el pago de sus sueldos desde el mes de marzo.

Añade, además, que un profesor comuncó el lunes a su director que no concurriría a la escuela, «por no tener con que...».

También días atrás fué multada una profesora porque se había presentado quince minutos después de la hora de entrada. La profesora se defendió diciendo que, como no se le abonaban sus haberes, no disponía de los centavos para subir a un tranvía y llegar más pronto, pues venía al centro desde la calle Triunvirato.

Otro profesor hace más de una semana que no concurre a la clase «por la falta de ropa» para poder presentarse decentemente a sus alumnos.

Y otras cosas más denuncia «El Diario», que omitimos, porque con lo transcrita basta para dar una idea de como anda la actual administración.

Y todo esto sucede en un país republicano-federal.

¡Fíense ustedes de la democracia!

Recordamos: «En el aserradero establecido en la calle Pedro Mendoza 1865, una de las poleas de la maquinaria arrastró al operario Marcos Degrosi, de 14 años de edad. El infeliz cayó entre unas ruedas de engranaje donde encontró una muerte inmediata».

El cuerpo del desgraciado operario fué recogido horriblemente mutilado. Este no tendrá, como las de París, quién lamente su muerte; ni se socorrerá a su familia, ni se dirá que cayó en cumplimiento de su deber.

¡Pobre niño! ¡pobre mártir! Cuando debieras estar en las aulas de un colegio, preparando y nutriendo tu vida intelectual, caíste como un gladiador sobre su escudo, luchando por el negro y escaso mendrugos.

Díran que fué un accidente, llamarán desgracia a lo que es crimen, y hasta tus padres, en medio de su doliente desconcierto, caerán en la conformidad del ignorante, sin comprender que la miseria que ellos padecen te obligó a sumirte en el taller y que esa miseria la ocasiona la explotación engendrada por el afán del lucro.

«Trabaja, trabaja», es la inexorable voz del lucro. ¿Qué importan los peligros? ¡Caiga quien caiga, ¡oro! ¡oro! Aunque sea empapado en sangre, ¡oro y siempre oro!

¡Pobre mártir!

El tristemente célebre Roca anunció por medio de su periódico «La Prensa», que si la voluntad del pueblo lo llevara nuevamente a la presidencia de la República, haría un gobierno libre, amplio, etc., y que prestaría atención a todas las ideas, aún a las más violentas y apasionadas, pues, añade, todas son beneficiosas.

Veán ustedes lo que va de ayer a hoy: hace muy poco que dijo todo lo contrario desde las páginas de «La Tribuna». Lo notable es que otro periódico de la tarde dice que las palabras de Roca son pura mentira, farsas y promesas, y avisa al pueblo que no se deje engañar, que ellos saben por qué lo dicen, y que quién ha de hacer la felicidad del pueblo es Irigoyen.

¡Quién lo diría! ¡Farsantes, tan farsantes unos como los otros.

¿Y los sesenta millones de beneficio en el puerto?

Bellezas de la Patria. En Francia se suicidaron durante el

mes de mayo, nada más que 22 soldados. Cada noticia de uno de esos suicidios, dada por la prensa burguesa, se termina de este modo: «Se ignoran las causas, etc.».

Traducimos de «Les Temps Nouveaux»: «De los 22,850 hombres enviados a Madagascar fueron muertos 17,498».

¡Cálculé el número de muertos que habrán tenido los naturales de aquel país donde la civilización de la sangre y el fuego fué llevada por la Francia! ¡Oh la santa patria!

En Chile las sociedades obreras tienen el propósito de organizar un congreso análogo al celebrado en Nueva York.

Se discutirá en ese acto la situación económica de la clase obrera y los medios de aliviar su suerte. Dícese que invitarán a los obreros de la Argentina.

—¿Cómo! ¡los obreros argentinos y chilenos juntos? ¿y los límites? ¿y la escuadra? ¿y la Guardia Nacional? ¡Arreburo! Se crearán estos tantos obreros que todo lo gastado en armamentos es así a humo de paja? Hay que odiarse, señores obreros; para eso es hemos comprado armas, y comprámonos más, Dios mediante y... las estampallas.

En Italia cayó sobre los fieles que se encontraban rezando, parte de la bóveda de una catedral matando a muchos de ellos e hiriendo a otros varios.

¡Que «diable» de Dios! ¡Vaya una singular y santa manera de agradecer oraciones y plegarias!

En otra catedral cayó un cirio encendido que comunicó fuego a varias colgaduras y a las polleras de una santa. ¡Oh fuego «sacrilégo»! Quemar las polleras a una santa!

Los fieles huyeron desparpados... o desparpados y en el atropello perecieron varios de ellos.

¡Qué incredulidad! ¡qué malos cristianos! ¡Dudar de la eficacia del fuego sagrado que desde este odioso valle de lágrimas les quería transportar en ecúmen y alma a la mansión de Dios!

Dogmas políticos

La política es el arte de gobernar a los pueblos. Desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, los artistas que han logrado imponerse a sus semejantes, han practicado una de las tres formas generales que abarcan toda clase de gobierno; la despótica, la oligárquica y la democrática. El despotismo es la organización en la que un individuo gobierna a su antojo, y siguiendo los impulsos de su capricho, viniendo a ser dicha organización la negación más profunda y franca de la libertad. La oligarquía es el gobierno de unos pocos, sea por derecho adquirido mediante elección; pero estos pocos asumen la representación de muchos, les imponen lo que les obligan a obrar de tal o cual manera, y, aún en los casos más

favorables, se convierten forzosamente de representantes en opresores; la oligarquía es, pues, también la negación de la libertad. En cuanto a la democracia, que supone el gobierno de la mayoría, es una verdadera utopía, puesto que el arte de gobernar es tan engorroso como deletéreo y si la mayoría del pueblo tuviera que cuidarse de atender a un arte tan complicado, tendrían que desatender a los demás trabajos, resultando de ello que en las democracias las mayorías tienen que hacerse presentar por unos cuantos artistas, de oficio gobernantes, que elaboran leyes y crean policía para hacerlas observar, convirtiéndose toda democracia en oligarquía encubierta, y siendo, por tanto, un sistema contrario a la libertad.

A la idea de Justicia va anexa la idea de Libertad. Todos los dogmas políticos son contrarios a la idea de Libertad; luego todos los dogmas políticos son contrarios a la idea de Justicia.

También es contraria la política a la Ciencia, puesto que ésta nos enseña que las tendencias de los individuos son variables en razón de su organismo, y la política, lejos de poder atender a esta infinita variedad, que sólo es atenuable con la eno imposición, procura, por el contrario, unificar y regular los actos, hollando por completo las iniciativas y las actividades.

Por último, la autoridad política es contraria a la Naturaleza, que exige que todas las entidades orgánicas, mineras y organizadas se muevan en perfecta autonomía para realizar las combinaciones que les corresponden en razón de su constitución íntima. Además, la naturaleza humana es contraria a las imposiciones, por más que el egoísmo humano trate a veces de abusar de

LA PROTESTA HUMANA

3

ellas. Pero aquellos mismos que más han proclamado el principio de autoridad para poder ejercer, han sido los primeros en darnos la razón en cuanto se han visto en el caso de sufrir sus consecuencias. Hablen sino el ejemplo de Alcibiades en la república ateniense y el de Coriolano en la antigua Roma: amigos del pueblo mientras éste les ha mimado y obedecido, han vuelto aindos sus armas contra su país en cuanto se han visto caídos y obligados a aceptar la autoridad de otros por verse reducidos al papel de simples ciudadanos. Hable también toda esa epopeya de luchas sostenidas por el feudalismo con las monarquías: esos poderosos señores, tan celosos de su absoluta autoridad, que les proporcionaba diestros, príncipes y hasta el derecho arrogante de perdonar, revolviéndose aindos contra el poder real que quería a su vez hacerles sentir el yugo del principio autoritario. Y sin ir más lejos, en los tiempos modernos la constante indisciplina de todos los partidos en todos los países, demuestra que los carlistas de gobierno tienen tanto afán de gobernar como los republicanos de ser gobernados. Ellos son los primeros en demostrar que todo dogma político es contrario a la Naturaleza.

Pues si todo dogma político es contrario a la justicia, a la Ciencia y a la Naturaleza, la teoría revolucionaria que pretende estar conforme con estos tres principios deberá empezar por prescindir de todo dogma político, o lo que es lo mismo, declararse desde luego anárquica.

Detalles del fusilamiento de los anarquistas de Barcelona

He aquí los últimos detalles que tenemos del asesinato legal cometido en las personas de nuestros compañeros, que encontramos en los diarios de España.

Notificación de la sentencia

Se notificó la sentencia a los condenados a las cuatro de la madrugada del 3 de mayo. El primero que escuchó la lectura fue Tomás Ascheri, el cual, según versiones extraoficiales, oyó los cargos que contra él resultan en aquel documento, silencioso y sin inmutarse, no habiendo puesto ningún inconveniente para firmarlo.

Continuó la lectura por los cuatro restantes reos de muerte, que fueron escuchados por separado. Según rumores siempre particulares, Antonio Nogués y José Molas escucharon la sentencia con mucho valor, retirándose el segundo cantando un himno. Ambos se negaron a firmar.

Luis Mas y Juan Alsina oyeron la lectura, según se dice, dando muestras de abatimiento, particularmente el primero, que lloró e hizo grandes protestas de inocencia. Parece que Alsina se negó también a firmarla.

Conforme iban terminando de oír la sentencia, eran puestos los cinco condenados en capilla, para lo cual se habían transformado los respectivos calabozos, colocándose en cada uno de ellos un crucifijo y dos candelabros, sin paños negros ni otros objetos que dan tristique y fatídico aspecto a aquellas lugares oscuros.

Allí nuestros compañeros sufrieron una agonía de 24 horas, contribuyendo a hacerla más terrible la irritante presencia de algunos jesuitas que les exhortaban a que se convirtieran al catolicismo.

Solamente de Mas, sin duda debido a su deplorable estado patológico, pudieron lograr que les hiciera caso, y de Ascheri, quizás violentando sus deseos. Los tres compañeros restantes, rechazaron energicamente los auxilios espirituales.

De los dos ya mencionados, los jesuitas lograron que se casaran respectivamente con la hija y viuda del antiguo compañero Borrás.

Solamente de Mas, sin duda debido a su deplorable estado patológico, pudieron lograr que les hiciera caso, y de Ascheri, quizás violentando sus deseos. Los tres compañeros restantes, rechazaron energicamente los auxilios espirituales.

De dos a cinco de la tarde fue la hora designada para que los reos pudieran recibir la visita de sus familias, después de once meses de no haberles podido dirigir una sola mirada.

Primero llegó la de Alsina: su madrastra, una hermana, su esposa y un niño de tres años. Luego la de Nogués: dos hermanas del mismo, tres hijas, una de cuatro años, otra de dos y la última de dos meses: la de Molas, compuesta de una hermana y cuatro hijos de edad; y por último la madre, dos hermanas de Mas y, una sobrina, las hermanas de Molas.

Una hora más tarde salieron las familias de los reos. Vivamente impresionadas, llorosas las mujeres, casi todas dirigían imprecaciones, lamentando en todos los tonos la sentencia recayda, por

juzgar que eran inocentes los que acababan de visitar. Las escenas ocurridas entre los condenados y sus familias fueron, según se decía, muy dramáticas. Todos ellos estaban atados y rodeados de curas y hermanos de la Paz y Caridad, de algunos jefes que desempeñaban cargos en el castillo y de otras personas que tenían alguna misión que cumplir. También estaba por allí el jefe de policía señor Tressols. En alta voz, oyéndolo todos, según decían las familias de los reos, se quejaron éstos de haber recibido malos tratos.

Alsina, añadiendo, entregó una carta a su esposa. El inspector señor Tressols, que estaba presente y que fue quien lo detuvo, se incautó de la carta. El reo le increpó diciéndole que lo había preso injustamente.

La madre de Mas, mujer de 74 años, abrazó a su hijo, dando pruebas de entereza de carácter. Mientras la anciana permanecía un rato estrechándole entre sus brazos, dirigiéndole palabras de consuelo, y sin abajarse, las hermanas del joven, en cambio, se hallaban agojadas y derramaban abundantes lágrimas. A una de ellas le dió un síncope. La sobrina de Mas, le dijo: «No te decía yo que no te presentases». Contestando él: «Sí, sí, tenían razón». Hay que advertir que la familia de Mas, durante dos o tres meses posteriores al atentado, le incitaba para que huyese, viendo las detenciones que se hacían; pero él, según sus allegados decían ayer, respondía siempre que no tenía por qué escapar, alegando una y otra vez que era inocente. Cuando supo que le buscaban se presentó a las autoridades.

Sus hermanas se mostraban ayer afeadas a la idea de que Mas no había tomado parte en el atentado, y hacían reflexiones que les hacían por algunas personas en otro sentido resultaban completamente inútiles.

Nogués se mostró contento de ver a su familia, y en especial a sus hijas. Preguntáronle sus hermanas si a su matrimonio civil le daría el carácter de canónico, como se pretendía, contestando que por ningún estilo accedería a tal cosa. Añadió sus hermanas que estaba profundamente disgustado del trato que se le daba. Según ellas, tenía las muñecas lastimadas. Al hacérselo observar, replicó él: «Me habéis de ver el cuerpo». Así por lo menos se decía en los cuartos que lo habían manifestado aquellas mujeres. También se mostró pesaroso de que se le creyera culpable.

Análoga fue la entrevista entre Molas y su familia. Esta le exhortó a que se arrepiera, contestando él que no tenía por qué hacerlo. También, según se decía, manifestó que era inocente y que sabía quiénes eran los autores del atentado.

Todos estos detalles los hemos sacado de «El Diluvio» de Barcelona.

Pasquines y anónimos

Durante la madrugada anterior fueron recogidos por los agentes de la autoridad algunos pasquines manuscritos. Según parece, fueron hallados en lugares muy distantes entre sí, con motivo de tal hallazgo deben haberse practicado algunas pesquisas, no sabemos con qué resultado.

También se dijo que algunas autoridades habían recibido anónimos, escritos en el mismo sentido que los pasquines.

La ejecución

Después de los jesuitas, aparecieron por la puerta que conduce al foso donde debían ser fusilados, primero Ascheri con los brazos amarrados a la espalda por los coditos y se detuvo un momento fijándose en la multitud, que coronaba las alturas.

Después Mas, Nogués, Molas y Alsina. Todos con la cabeza descubierta.

Con paso firme los reos dieron la vuelta al foso quedando frente a la paterna de salida.

Al indicárseles el sitio donde habían de situarse, Ascheri, silencioso, tranquilo, resignado, fué el primero en avanzar. Molas siguió su ejemplo, que imitó Alsina sin ninguna excitación de sus guardias.

Situáronse los reos por este orden: Ascheri, Mas, Nogués, Molas y Alsina. Al decirles que se arrodillasen, los reos avanzaron más y se soltaron de manos de los soldados las cuerdas que los sujetaban. Eran cuerdas gruesas y hubo un momento de confusión al recogerlas los soldados.

Del cuadro se destacaron cinco pelotones de tiradores.

Mas volvió la cabeza, y dijo a los soldados: «¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

Nogués gritó: «¡Abajo la inquisición! Molas gritó: «¡Viva la Anarquía!» Alsina vitoreó también a huestros ideales y añadió: «¡Soy inocente!»

Molas volviendo la cabeza al pelotón gritó: ¡Fuego!

Las voces de los reos fueron apagadas por una descarga cerrada.

Cuatro de aquellos, Ascheri, Mas, Nogués y Molas, cayeron para no levantarse. Molas recibió varios balazos: su cuerpo se contrajo, volteó y quedó en posición contraria a la de los otros.

Alsina quedó ileso, arrodillado y volvió a mirar al pelotón.

Resonó otra descarga, cuyo primer efecto se incrementó en su cabeza.

Alsina cayó de cara al público.

Los médicos forenses procedieron a reconocer los cadáveres.

Al llegar al de Alsina, vieron que éste aún vivía, comunicándolo al jefe del pelotón.

Volviéron los soldados a disparar, y Alsina recibió el tiro de gracia.

Un detalle: los inquisidores de Monjuich han querido demostrar a la faz pública la certeza de las afirmaciones hechas contra España en todo el mundo civilizado, esto es, que en Barcelona funciona la Inquisición como en los buenos tiempos de Felipe II.

Así dice un periódico barcelonés: «Con motivo de los gritos proféricos por los reos en el acto de la ejecución, las dos parejas de policía que les custodiaban hicieron un ademán que algunos creyeron tenía por objeto amordazarlos, impidiéndolo con plausible acierto el capitán que mandaba el pelotón.

Relacionado con esto, dícese que los reos no hablaban antes ni en el interior de la fornal, ni durante el trayecto, temerosos de que los amordazaran.

No precisamos comentarios. Cinco proletarios asesinados que no sufrirán más el despojo y el ensañamiento feroz de sus asesinos; y otros muchos que esperan una muerte más terrible producida por las penalidades del presidio.

Nos referimos a los procesados que han sido condenados a varias penas.

DESDE ESPAÑA

2 Mayo de 1917.

Compañeros de «La Protesta Humana» Después de varias conferencias entre el presidente del Supremo y el Ministro de la Guerra, el Tribunal ha pronunciado el definitivo fallo.

Y contrariamente a lo que temía todo el mundo, dado el fallo del Consejo de Barcelona y la petición fiscal del Supremo, que hacían presumir en el gobierno el desecho de complacer la sed de venganza de los reaccionarios de Cataluña, la sentencia ha sido de relativa severidad. He aquí:

Condenados a pena de muerte: Tomás Ascheri, Antonio Nogués, Juan Alsina, José Molas y Luis Mas.

A veinte años de presidio: Francisco Callis, Jaime Villola, José Vila, José Pons, Antonio Ceperuelo, Sebastián Suñer, Jacinto Melich, Baldomero Oller, Rafael Cusido y Juan Torrens.

A dieciocho años: Epifanio Caus, Juan B. Oller y Juan Casanovas.

A diez años: un día: Juan Salas, Cristóbal Soler, Mateo Ripoll, José Mesa, Francisco Lis, Antonio Costa y Lorenzo Serra.

Los restantes procesados han sido absueltos... del modo que veremos luego.

No hay duda que, ante el clamor general que en Europa produjo esta causa, el gobierno no se ha atrevido a complacer por entero el jesuitismo barcelonés.

Quien se fije un poco en ésta serie de contradictorios criterios legales del fiscal del Consejo, fallo de éste, petición fiscal del Supremo y su definitiva sentencia, comprenderá claramente la elasticidad de los textos legales, por rigidos que pretendían ser los del Código militar, y desprenderá que aquí, de lo que menos se trataba era de aplicar la ley. Lo que se buscaba era el modo de dar un quiebro a la opinión liberal que les permitiera segar la hietba anarquista. Ni más ni menos. Pero se conoce que, pese al silencio del gobierno, la presión pública europea ha producido sus efectos y dado el relativo satisfactorio resultado.

Este resultado podrá satisfacer por completo el limitado espíritu de justicia de los demócratas y liberales que —muy pocos por cierto— han contribuido a obtenerlo.

Pero los anarquistas no podemos darnos por satisfechos. La relativa benignidad de este fallo encierra una cláusula que es y será una nueva infamia gubernamental.

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

«¡Acercaos más, hombres!»

Héla aquí: «El gobierno español acordó autorizar a las autoridades de Barcelona para que expulsen de aquel territorio a los anarquistas que juzguen oportuno, poniendo a disposición del gobernador un buque de guerra que los conduzcan a Río de Oro».

Y como a la ley excepcional contra los anarquistas no le dieron efecto retroactivo, esta cláusula significa sencillamente castigar el «crimen» de ser anarquista, anular el derecho de pensar libremente, a pesar de la Constitución del Estado; ya que pone a los compañeros abusados, detenidos gubernativamente, futuros detenidos y a todos los individuos que se quiera, a merced de todas las venganzas personales de la localidad... Es dar carta blanca a los lacayos de la burguesía para que hagan lo que quieran de las personas que se le anteje, y esto será un hecho si los liberales, republicanos y socialistas dejan pasar en silencio esta arbitraria interpretación de la susodicha ley excepcional, y hacer el juego de la reacción clerical.

A bien que en el pecado encontrarán la penitencia. Arma de dos filos, herirá lo mismo a tirios que troyanos.

No se han atrevido a matar en tanta escala como decaban, pero esta deportación permitirá matarlos lentamente, uno a uno, y sin que se sepa. Río de Oro es un sepulcro por su distancia y condiciones.

Dícese que la sentencia se cumplirá el día 5 del corriente...

No importa. La idea avanzará pese a quien pese.

Y como que propongo escribir nuevamente sobre este último particular, se despiden vuestro

URANIA.

«Querido padre: Continuo muy bien acá. Como me divierto bastante, gozo de la vida. Cierro es que tengo que cambiar mucho, pero... ¡resignación! Hace poco me inscribí en un club recreativo en donde uno puede darse expansión envidiable. ¡Qué bailes... y qué mujeres! En días de gala aquello parece un Edén. Yo, que no tengo pelo de tonto, aprovecho la ocasión galanteando a las más simpáticas; pero... como sé comportarme, nada debe Vd. temer. Bien sabe Vd. que soy hombre de entendimiento. En fin, que cada día me va gustando más todo eso; así que no debe pasar malos ratos por mí. Su hijo que le quiere, X».

«Amado hijo: No puedes imaginarte la buena impresión que me ha causado la tuya.

Muy bien, muy bien; me place que te diviertas, no dudando que sabrás hacerlo con tino. Mejor es así que no preocuparse en «coterías» que pueden a uno costarle cara. ¡Qué caramba! Ya que ehemos nacido para trabajar, justo es que gocemos cuando estamos libres. No tardes en ponerme al corriente de otras agradables noticias. Tu padre, que te idolatra, X».

N. escribe también a su padre y lo hace en estos términos:

«Inolvidable padre: Hace algunos días que me encuentro en esta. Estoy ya colocado, y por lo que veo, la inhumana explotación del hombre por el hombre es tan descarada aquí como en todas partes. ¡Ah, pero tanta injusticia debe ser expiada! Mas, para conseguirlo, es necesario ilustrar y propagar sin tregua y con fe, despertar a las conciencias adormecidas. Yo aprovecho cuantos ratitos puedo disponer para dedicarme a tan loable objeto. No hago como esos infelices pobres de espíritu, que pierden el tiempo en grotescas diversiones sin preocuparse para nada en aquello que debe interesarlos. ¡No importa! A pesar de todo, tengo plena confianza en que pronto será un hecho el triunfo de la razón. Le saluda cariñosamente su hijo, N».

«Hijo del alma: Me alegro de que estés ya colocado, pero... ¿por qué continúas pensando de ese modo? ¡Siempre las mismas ideas! ¡Ay hijo mío! Tú olvidas que tienes un padre que te adora y que quiere ver labrada tu felicidad. Créeme a mí; soy viejo y puedo aconsejarte: déjate de coterías; procura para tí y no te preocupes mucho de los demás. Haz de modo de distraerte, de olvidar tus dolencias. De lo contrario... ¡no lo dudes! ¡jeme! matarás de un disgusto! Tu padre, que te quiere bien, N».

«Pobres padres!... Un fatal sentimentalismo les ofusca la razón. En vez que hombres pensadores

había pegado muy fuerte en las manos con la regla. Había roto la pizarra porque no la necesitaba más, pues no quería volver al colegio.

«Pero, vamos a ver; si el maestro te pegó, habrá sido porque te dista motivo para ello—replicó el padre cuando le hubo escuchado.

Manolito protestó. Recibió los palmos porque, al cantar el himno nacional, su voz, según el maestro, se parecía al rebuzno del burro. El maestro le había ordenado varias veces que cantara con voz más clara; pero él no podía porque su voz natural era gruesa, ronca. Este era el único motivo.

El padre soltó la risa. El hecho le causaba suma gracia. Sentó a Manolito sobre sus rodillas, y, mientras le acariciaba la cabeza, le dijo: «Bueno, todo eso no es nada. Mañana comprarás otra pizarra y volverás a la escuela. Si decides que hoy, entonces no veré obligado a darte una paliza, para que entres en razón».

Manolito, no abrió la boca. Con su padre no se atrevía a adelantarse una sola palabra. Pero en su cabeza guardaba un proyecto que pondría en práctica lo más perfectamente que pudiera.

Al día siguiente salió de su casa con una pizarra nueva. Su madre le recomendó repetidas veces que asistiera a la escuela. Se unió con otros muchachos rabineros, y, todos juntos se fueron al bosque de Palermo, lugar no muy distante de la casa de Manolito. Pasaron la tarde bajo la sombra de los árboles, corriendo los pájaros a pedradas, a voces, sentados sobre la alfombra verde del pasto, riendo alegremente sus ocurrencias infantiles. Un camarada del grupo, formó con un puñado de pasto y fue papales una especie de muñeco grotesco que, según el autor, representaba fielmente al maestro. En posición vertical, lo colocó junto a un árbol, y luego, con aire picresco, invitó al grupo a una guerra de piedras para dar un escarmiento al maestro. Todos se armaron y cayó sobre el muñeco una lluvia de proyectiles acompañada de gritos de muerte y de victoria.

«¡Ahí va ésta, asesino!»

«¡Zas! le hundi la nariz. ¡Muera el maestro!»

«¡Catapluf, le rompí la cabeza! Dejaron al muñeco aplastado. Al caer la tarde, cuando el sol aún jugueteaba en las altas copas de los árboles, regresaron a casa. Manolito entró en la de sus padres muy contento. Aquel día pasó sin que se advirtiera su falta.

Los días de rabona se repitieron sin alternativa. A la misma hora, el mismo grupo se reunía en el bosque. Aquellas tardes eran para los rabineros gratamente deliciosas. Corrían por entre los árboles persiguiendo a los pájaros y jugando al escondite. La libertad de movimientos y el aire puro, impregnado de olores balsámicos, hacía brillar sus ojos con fuegos de intensa felicidad. No se acordaban de la escuela, y los libros y cuadernos quedaban en tierra abandonados. Alguna que otra vez, cogían la pizarra y se entretenían en trazar figuras grotescas que señalaban con los nombres del maestro odiado.

Así transcurrieron muchos días, hasta que una mañana el carterero llevó a casa de Manolito una escuela en la que el maestro notificaba al padre las faltas del hijo.

Esta noticia produjo un gran revuelo; la madre de Manolito se puso roja de ira y ronca de tanto gritar, y el padre la emprendió a puñetazos. El rabinero recibió una paliza extraordinaria. Los gritos llenaron la casa, llegaron a la calle.

Al día siguiente, su madre lo acompañó hasta la puerta del colegio, dándole en manos del maestro. Este le impuso de penitencia que escribiera en el cuaderno mil veces las palabras: «yo he faltado a clase».

El maestro seguía burlándose de la voz de Manolito; la comparaba—comparación favorita—con el rebuzno de los burros. Manolito callaba, pero meditaba una venganza; en su cabeza daba vueltas una idea de guerra.

Y una tarde se rebeló, comovió con su audacia a todo el barrio. Hizo alianza con otros muchachos descontentos que aplaudieron su plan de combate. Con los bolsillos llenos de piedras se acercaron al colegio y esperaron la llegada del maestro. Cuando éste apareció empezaron a llover piedras: «yo he faltado a clase».

Manolito, herido en las piernas, en las manos y en la frente. Tenía el rostro cubierto de sangre.

Conseguido el triunfo, los muchachos

chos se desbandaron, huyeron despar-
voridos. Manolito se refugió en el bos-
que. Corrió mucho, escondiéndose en-
tre la espesura de los árboles para no
ser visto. Llegó hasta la orilla del an-
cho río del Plata y se dejó caer en él.
Estaba rendido; sudaba; miró a su
alrededor y no vio a ningún com-
pañero. Se hallaba solo. Pensó en lo
sucedió y una plena satisfacción tran-
quilizó su conciencia. Estaba muy or-
gulloso de su acción. El movimiento
de las olas que venían a morir man-
sas a sus pies, le encantaba. El rumor de
las aguas batidas llenaba su alma de
dulce paz.

Cuando la tarde moría sintió viva
inquietud.

Tendría que ir a su casa y sus pa-
dres ya sabrían la noticia de su falta.
Tuvó miedo; pensó en la policía
que lo daría su padre.

Llegó la noche, y Manolito seguía
sentado en la orilla del río que, pho-
ra, se abría ante él como un tabismo
negro agitado por rumores misterio-
sos. Permanecía inmóvil, mirando fije-
mente al abismo. No pensaba regresar
a casa.

Muy tarde ya, se volvió y miró ha-
cia la parte oeste del bosque. Multi-
tud de luces brillaban iluminando los
senderos repletos de pasantes.

Al volver el rostro hacia el río, que
sorpresa por un espectáculo ma-
ravilloso; la luna, grande, salía del
fondo de las aguas. El espacio adqui-
rió pronto matices de plata y el río
se cubrió de claridad.

Manolito, decidió pasar la noche allí.

No se atrevía a presentarse ante su
padre. Lágrimas silenciosas y amargas
empezaron a caer de sus ojos. Al
fin de la jornada se hallaba triste.

Cuando hubo llorado bastante, se
tendió de espaldas. Al día quedó
dormido, arrullado por el rumor del
río y el cascaqueo de los coches que
rodaban por las amplias avenidas cer-
canas.

En el cielo, las estrellas sonreían.
RICARD.

¿Será verdad?

Eran las tres de la tarde de un pri-
mero de mayo de no importa que
año. El día había amanecido esplén-
dido y sonriente, sin que la más té-
nue nubecilla empañara el limpio
azul del cielo. Todo era placidez, sin
que nadie presagiara los trágicos su-
cesos que sucederían ese día, que cual
ignominioso baldón, iría un año des-
pués a enlazar el centenario de la
independencia política, hollada en su
faz liberatoria y democrática. Ese día
y a esa hora, un anciano septuagenario
y un niño de ocho años, se ha-
llaban parados frente a la confitería
del Molino, contemplando a una enor-
me muchedumbre que se apiñaba en
la plazoleta del Congreso.

De vez en cuando llegaban a sus
oídos los vitores que lanzaba el pue-
blo congregado, entusiasmado por las
peroraciones de sus oradores.

—¿Qué hace esa gente ahí?—pregun-
tó el niño—¿por qué gritan así?

—Esa gente—respondió el abuelo—
es el pueblo productor que, congre-
gado en fraternal solidaridad, viene
a protestar por las inhumanas explota-
ciones de que es víctima todo el
año, por parte del tirio: Capital, Cle-
ro y Estado. Esos gritos que tú oyes
por momentos, son el anatema que
lanzan los pobres oprimidos.

—¿Mire abuelito—interrumpió el
niño—¿qué pasa ahora?

El anciano miró... y vio cómo los
manifestantes se arremolinaban con
impaciencia nerviosa alrededor del
orador que los arengaba.

De pronto, el clarín de la jauría
del «escuadrón de seguridad», dió un
toque de atención, mientras varios
agentes, arremetían con sus caballos
a la multitud para dispersarla por
orden superior.

Nadie se movió. Un nuevo toque
anunció la dispersión, siendo con-
testado por un larguísimo: ¡Viva la Anar-
quia!

Los «cascacas», ebrios de furor, ar-
rastrearon nuevamente a la multitud
con mayor pujanza.

Sonó un tiro, y, aquello fué el acá-
bese... Una descarga de carabinas
fue la contestación.

El pueblo huía desparvorido ante
tan salvaje atropello.

Los «cascacas» masacraron a man-
salva. Las descargas se sucedieron
una detrás de otras, causando mu-
chísimas víctimas.

El niño, asustado por las descargas
que atronaban el espacio, rodeó con
sus brazos las piernas del abuelo, im-
plorándole, todo lloroso, de que re-
gresaran a casa.

que emplean su inteligencia y actividad
en bien de la humanidad en general, mu-
chos prefieren que sus hijos se presen-
ten en el gran mundo igual que moni-
goes con mecanismo, que se muevan
por el resorte de la estupidez.

El sentimentalismo eleva y embrutece.
Eleva, cuando el individuo, desechando
torpes anacronismos, juzga las cosas con
buen criterio, formado por un cierto gra-
do de conciencia de los nuevos ideales.

Embrutece, cuando uno es esclavo de las
añejas preocupaciones, que acusan a las
claras el ignoratismo de la actual so-
ciedad. En el primer caso, el sentimen-
talismo engendra la aversión a la in-
justicia reinante; en el segundo, acobar-
da y aconseja la resignación... ¡el rela-
jamiento de los pueblos!

¡Pobres padres!...

Raras son las excepciones.

Nuestras indiferencia a los grandes
problemas sociales que agitan a los hom-
bres pensadores, les haría felices. Pero
no debemos olvidar que esa indiferencia
nos haría cómplices del horrendo crí-
men que victimiza, desde tiempo inmem-
orial, a las generaciones, y que se per-
petra a espaldas de los códigos.

¡Oh jóvenes!... Formemos nosotros la
vanguardia del ejército libertador, que
con el sacro furo de la verdad y la fuer-
za de la convicción, dará la última ba-
talla a los malvados que aún persisten
en la defensa de un orden que les per-
mite gozar ampliamente a su capricho, sa-
crificando para ello, a los demás.

Y aunque nos aconsejen lo contrario,
compadecemos a nuestros padres...

¡Pobres padres!...

HUGO.

Movimiento Internacional

República Argentina

Editado por el grupo «Ciencia y Pro-
greso», aparecerá próximamente el
Rosario, en forma de folleto, la conferen-
cia «La Mujer y la Familia», leída por
su autor, Dr. E. Arana, en la «Federación
Obrera» de aquella localidad.

El grupo «Progreso y Libertad» de
La Plata, proyecta para fin del presente
año, la celebración de un «Certamen
Socialista Libertario» en honor de los
mártires de la causa.

Dicho grupo solicita el apoyo moral
y material de todos los compañeros para
los trabajos preliminares.

La dirección para todo lo que se re-
lacione con el mismo, a F. Serrano, ca-
lle 55 número 489, La Plata.

Francia

«Libertad Republicana». — El cono-
cido agitador inglés Tom Mann, debía ir
a París para dar una conferencia y tra-
tar de formar una gran federación inter-
nacional de obreros de los dos muni-
cipios. El gobierno panamita, al tener co-
nocimiento de las intenciones de Tom
Mann, decretó la inmediata expulsión de
Francia de Mac Pherson, el correspon-
sable parisiense de la diócesis socialista «The
Labour Leaders», que debía secundarlo
en su empresa.

¡Oh, la República es una gran co-
sa!...

«Excursión de propaganda». — Magni-
fica y de positivos resultados para las
ideas revolucionarias es la labor emprendi-
da por los camaradas Sebastián Faure
y Luisa Michel. Ambos han emprendido
una excursión por diferentes departamen-
tos de Francia, propagando las ideas
anarquistas, esparciendo así abundante
semilla revolucionaria.

La excursión comenzó el 11 de mayo
y debía terminar el 26, dando, por lo
menos, una o dos conferencias diarias
en diferentes localidades.

Italia

A consecuencia del atentado que in-
tentó Acciarito contra Humberto «Pri-
mo», la policía, para acreditarle de persi-
cacia, y acostumbrada siempre a ver los
asuntos anarquistas con cristales de au-
mento, detuvo a varios compañeros en
distintas localidades de Italia, entre ellos
a un tal Frezzi, en Roma. La policía
italiana, por lo visto, ha querido po-
nerse, en brutalidad, a la altura de la
española, atropellando tan bárbaramen-
te a Frezzi, que murió a los dos días
de estar preso víctima de las infamias
de los polizontes.

Este asesinato policial dió lugar a va-
rias intercepciones dirigidas al gobierno
por los diputados socialistas, reclamando
se abriera una información para averi-
guar las causas de la muerte de Frezzi
y el enjuiciamiento de los asesinos, al
mismo tiempo que se asignara una pen-
sión a la viuda.

LA PROTESTA HUMANA

Por último, organizada por el elemen-
to socialista revolucionario y anarquista,
tuvo lugar en Roma una imponente ma-
nifestación en la tumba de Frezzi, a la
que concurren 3.000 personas, pronun-
ciándose enérgicos discursos.

En Macerata debe haber aparecido
«La Protesta Humana», revista mensual
de estudios sociales, continuación de la
que se publica en Túnez, que desapare-
ció de la brecha debido a una arbitrariedad
de imprenta. Su dirección es: Luigi
Fabbri, Studente Università Macerata.

España

Los compañeros de esta nación no
quieren los límites a pesar de las bruta-
lidades gubernamentales de que son víc-
timas.

La última ley creada de «sospecho-
sos», aunque les coloca en situación ha-
bitante difícil para seguir propagando fran-
ca y enérgicamente como lo han he-
cho siempre, no por eso podrá impedir
radicalmente la propaganda anarquista.

Por aquello que alguien dijo: «Toda ley
deja dos flancos por donde puede ser
violada: uno por ingenuidad, y otro por
conveniencia de su autor. Así que, los
amigos de la Coruña se proponen publi-
car semanalmente un periódico anticri-
tico titulado «La Antorcha del libre pen-
samiento». Provisionalmente dirigirse:
Torre 22, imprenta, La Coruña.

Los mismos compañeros acaban de pu-
blicar el quinto y sexto folleto de la
biblioteca de «El Corsario», titulados res-
pectivamente: «Páginas de historia socia-
lista», de W. Tcherkesoff, y «Primer
de Mayo», por P. Gori. Tienen en pre-
sa el séptimo volumen, que es «El So-
cialismo y el Congreso de Londres»,
estudio de A. Hamon.

Digna de aplauso es la obra de aque-
llos compañeros, y se hace, por lo tan-
to, merecedora al decidido apoyo de to-
dos los amantes de la buena propaganda.

—Hace pocos días el telégrafo nos
comunicó que había estallado una bom-
ba en Barcelona, en la casa que había
un conserje municipal, causando solo-
mente desperfectos en el edificio.

¡Bah!... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

—Bañ... Un bomba burguesa más.
Con el fin de empujar a la opinión
pública y predisponerla en contra de
nosotros, la policía acostumbra valerse
de esas tretas para llevar a cabo a sus
anchas todo suerte de atropellos.

¿Qué nuevas infamias tendremos que
agregar al enorme número de las ya
cometidas? Porque no hay que esperar
nada de bueno de esa canalla.

sean dirigidas. Las que lo merezcan
lo serán por carta.

Suscripción voluntaria para cubrir el déficit de la publicación del número único «La España Inquisitorial»

Taffucci 0,50; Durelli (Torino) 0,60;
Vaninetti 0,10; J. Rodríguez 0,50;
Marcos 0,50; Alfredo Merlo 1,00;
Marmol 0,30; Un Sastre 0,10; Juan
sin Patria 0,45; Guerra 0,40; Cual-
quiera 0,30; Alejo Velez 0,50; Mi-
gliorini 0,30; Santino 0,20; Cualque-
ra 0,10; Caviecholi 0,20; Zelindo 0,30;
Un industrial 0,20; Cabañas 0,10; M.
0,60; Un compañero 1,00; Smento
0,50; Santino 0,50 Un carpintero 0,50;
B. 0,50; F. U. 0,20; Un afamado 0,50;
Diavolo nero 0,30; Diavolo rosso 0,20;
Un rayo que los funda a todos 1,00;
Guerra a los frailes 1,00; Un guar-
dian 0,10; M. Mendez 1,00; No, pue-
do más 0,20; Litógrato 0,20; A. A.
0,10; El mismo 0,10; Izquierdo 1,00;
Recolectado por el compañero
Rochat 4,05; «Grupo Libertad»
1,00; Cualquiera 0,20; Un compañero
0,30; José 0,10; Un anarquista 0,10;
Un amigo 0,25; Vuelto de la luna 0,10;
Un catalán amigo de Pallás 0,30; José
Bugallo 0,50; J. Carvajales 0,50; Maz-
zalupo 0,30; Juan Pessolano 1,00;
Un gallego 0,20; Bernardo Rabbia
0,50; Pietro 0,50; Ramos 0,20; Por-
tugués 0,30; Bracchi Giovanni 0,30;
Sarmiento 0,50; E. B. 0,05; Sobrante
de copias en la reunión Socialista Ri-
cadavia 31,36; 1,00; O. 0,45; Un
partizante 0,50; Un panadero de
las cuatros estaciones 0,40; Conve-
niencia 0,50; T. Pancho 0,60; R. Iglesias
0,30; Donde no hay sinceridad 0,50;
Tampoco hay felicidad 0,50; Arturo
M. 0,35; Antonio Tisi 1,00; Juan Ab-
badie 0,50; Tisi Félix 1,00; El cura
de Salses 0,50; Un Albalá 0,30;
0,20; Bianchi 0,50; Tolina 0,30; E.
V. 0,50; Un plato roto 0,20; Que ven-
ga pronto la anarquía 0,20; Un mal-
tratado 0,20; Una puñalada a un bur-
gués 0,20; Morle al Papa 0,10; Un
explotado 0,20; Aneona 0,10; La ley
es el arma más terrible 0,30; S. J.
0,10; Nene 0,10; El cobrador 0,10;
El huésped 0,10; Un esclavo 0,30;
M. 0,30; Z. C. 0,20; Francisco Bol-
tazzi 1,00; Un anarquista 0,30; Pa-
ruzzi 0,30; V. 0,30; Tre compa-
ños 0,40; Caracci 0,40; Un joven 0,50;
Hortofilo 1,00; V. Ponzio 0,50; D.
Sacchetti 0,50; Aristodemo C. 1,00;
Un fabricante de herramientas 0,20;
Dos burros 0,30; Don Abouido 1,00;
N. N. 0,50; Panfesta 0,40; Un mar-
ciolo 0,35; Cualquiera cosa 0,15;
Campana 0,30; G. Inglat 0,10; Barbio
0,30; Un portero 1,00; Pistolin 0,35;
Luis D. 0,50; Baouine 0,25; Spies
0,25; Librería Francesa de la calle
Esmeralda 2,00; Camilo Morra 0,10;
Colombo Pedro 0,05; Antonio G. Mo-
line 0,50; Un cortador 0,30; Un So-
cialista 0,30; Capelli 0,30; Sante Al-
bertarelli Mazziniano 0,50; Un borra-
cho 0,50; J. Pelli 0,50; Cimo 0,30;
Vezi 0,20; Pratellino 0,50; Abajo la
Inquisición 1,00; El todo es de todos
0,30; Todos los burgueses son asesi-
nos 0,20; Venga pronto el exterminio
del Dios-Capital 0,30; Abajo la ex-
plotación del hombre por el hombre
0,20; Un veneno 1,00; Phi de milita-
re abas le jesuitismo 0,50; Mueran to-
dos los ricos porque son asesinos y
cobardes 0,50; Mazieres Leopoldo
0,50; Santoro Paolo 1,00; Proletario
0,50; Abajo los capitalistas 1,00; Para
que venga otro incendio como el de
París para los burgueses 0,50; Un
barbudo 0,50; Uno que quiere más
anarquía 0,10; Castello M. 0,10;
Carlos B. 0,05; Un constructor de
carrujes 0,10; Mártir del trabajo 0,10;
Rataplan 0,10; Un tallista hambriento
0,10; Un carpintero amante de la ver-
dadera libertad 0,10; Un desertor del
socialismo 0,20; Dos sastres desnu-
dos 0,20; El anarquista 0,50; Miglia-
rini 0,20; D. Tosi 0,50; Un pintor
0,10; Un romano 0,20; Naso taghat
0,20; Cualquiera 0,30; Venganza pro-
clamaron los afusilados 0,20; Pons y
Solanki 0,20 Domingo Pagiarioni 0,20;
J. Sorda 0,50; Sansone 0,50; Alfonso
Balvo 0,20; Angel Ferrari 0,10; Demet-
rio 0,20; Un donador de ligres 0,20;
Un rey de la Barcelona 0,20; Un
guardia nacional 0,5; Un ladro 0,10;
El Bascio 0,20; Male 0,10; S. Viven-
te 0,30; Un cepillo 0,20; Veinte en
oro 0,20; Un bolado 0,25; Burgués
gallego 1,00; Vinca 0,10; Prevosti In-
cente 0,20; Vedovati Juan 0,15; Paolo
Briardi 0,10; Un cloquesta 0,25; Al-
berto Capra 0,20; Un albalá concien-
te 0,20; Romanin 0,20; P. Perini 0,20;
Odone 0,20; Vanuzzi 0,20; Colche-

ro 0,20; Gito y Lita 0,40; Achina 0,25;
P. B. 0,20; A. P. 0,25; Salchichón 0,25;
Aletuia 0,25; Una señora que le gusta
la idea 0,15; Cualquiera cosa 0,20;
Un Quintero 0,15; D. Agustín Paolo
0,25; Descamisado 0,25; Argentino
0,10; Bertelli 0,50; S. D. 0,30; Po-
drido 0,40; Un albalá 0,10; Del Ca-
fé Nacional 0,40; N. N. 0,50; Un re-
partidor 0,20; Alla libertad 0,20; Il
danaro es un mezzzo 0,50; Gaudencia
Barogno 0,50; Un pianista 0,20; Soy
roquista en la Argentina y blanco en
Montevideo 0,10; Conte Zanardelli
0,10; D. socialista 0,30; A. Panaccio
0,20; Un prete con sette figlie 0,20;
Un figlio di Ascheri 0,10; «Grupo Los
Acartas».—F. F. 0,50; Un astrólogo
0,20; Un anteojo 0,20; Una yunta 1,00;
Desputa Crispi 0,50; Artemio 0,50;
A. S. 0,50; Un petizo 1,00; Un inde-
pendiente 1,00; Un cochinero 0,40;
La venganza será terrible 0,20 Un
horrero 0,30; Miri Leopoldo 0,40; Pro-
paganda 0,35; Dinamita V. 0,25; To-
tal 7,40. «Grupo Antorcha del Progre-
so».—A. B. 1,00; Un oriental 0,40;
R. S. 0,25; A. R. B. 0,30; Antonio 0,10;
Gracia 0,20; M. L. 0,50; R. L. 0,30;
Un globo 0,30; Acacia García 0,40;
Un Queer es poder 2,00; Total 5,75;
Gatastrofe de París? 0,30; Ojái! hue-
me una cada día 0,50; Duque D'Au-
male 0,20; Marquessa de Galfiet y
otras P., como era ella 0,50; Galfiet
el asesino de los Communards 0,20;
Asesinan a cinco anarquistas en Bar-
celona y el mismo día crepan en Pa-
ris «doscientas» burguesas acariacia-
das por el fuego bienhechor. 1,00;
Buenas son las bombas y no malas
las catástrofes burguesas 0,50; Total
3,20.

(De las cuales van \$ 1,09 para «ama-
dre de Puals».)

De Luján.—J. D. 0,50; Un peon de
los curas 0,50; A. M. 1,00.

D. Merlo.—Vigliuich borse per-
ché non sorti? 0,25 Oh, sorbirá 0,50;
Il pgnale colpiase 0,50; La dinamita
scirí! fará 0,10; Alerta, borse
0,50; Balista te quiero 0,10;

El coude de Merlo 0,25; Macho de
Merlo 0,40; Total pesos 2,60.

De San Martín.—Grupo «Humanidad
Libre». Atar a los burgueses al lado
de la mula 0,70; Abajo los grados mi-
litares 0,50; Viva el Comunismo Anár-
quico 0,80.

De Rosario.—Recolectado por Este-
ban Corte 1,50.

De Canelas.—Por haber leído «La
España Inquisitorial» 2,00.

De Montevideo.—Antonio Baranza
no 0,50; Pedro Ruscada 0,30; El hom-
bre del pelo, 0,10; B. Fontana 0,10.

De la Magdalena.—Recolectado por
compañero Sebastián Estamborri-
os 2,00.

De Zárate.—Santiago Nobus 1,00.
Las Tulas.—Un catalán 4,00.

De Chivilcoy.—Un obrero 0,50; Juan
Giraud 2,00; Moreou 0,50.

De Ayacucho.—P. M. 0,50; S. M.
0,50.

De la Ensenada.—Grupo «Abolición
de la esclavitud».—Un herrero 0,50;
Dinamita a los Larios de Málaga 0,10;
Un herrero 0,30; Juan 0,10; Media
frasco 0,20; Un herrero 0,30.

De Caracaña.—Un Bitter basco 0,20;
Petizo 0,20; Salud, oh mártires
de Barcelona 0,60.

Total pesos 119,35

Défici de La «España Inquisi-
torial» pesos \$ 25,35

Sobrante \$ 25,35

Nota.—El sobrante de pesos 25,35
se ha destinado a favor de «La Pro-
testa Humana».

Regalos a los suscriptores:

El anciano, no se movió.
Indignado al ver como huía el pueblo tan cobardemente, alzó sus ojos crispados y los dirigió hacia los que, tras un rugido en "sooooo", oíen una munda protesta de impotencia, por sus seculares años.
Como contestación a su mudo desafío, una traidora bala le atravesó el corazón.

El niño, al ver caer a su abuelo, prorumpió en amargo llanto, llamándolo con los acentos más cariñosos. El anciano seguía inmóvil. Alguien dijo: está muerto. El niño alzó su adorable cabecita de bucles dorados, y miró a quien le había dirigido la palabra: era un polizonte. Indignado al ver que tenía una carabina en la mano, le escupió al rostro: ¡Asesino! ¡Por qué mató a mi abuelo! ¡Un fiero cataclazo le tendió junto al abuelo, con el cráneo destrozado.

Severo BRUNO.
Mayo 1.º de 1917.

LA NAVE

Del puerto del Dolor zarpa la Nave. A pesar de la borrasca que amenaza en el horizonte hunde soberbiamente activa, rasgando con su filosá quilla las furiosas olas del mar Negro que tratan de impedirle el paso hacia el puerto. Agitados marineros tripulan. A su bordo, la realidad y el rencor anidan. En su proa ostenta un nombre que se cubrió de gloria en numerosos combates de la pluma, la palabra y la bomba de dinamita. ¡Leamos: Anarquía. Este es el nombre. Tripulada en su mayor número por el convencimiento individualista, va con ruta directa al Comunismo: única redención posible de la humanidad doliente. Entra en batalla a todas horas, y la lógica, la razón, la ciencia y la verdad, son las armas que esgrime, anudando a los adversarios.

El rojo faro de su palo mayor, ilumina las azules aguas haciendo leer la vista a las muchedumbres inconscientes que leen su nombre que aterroriza a la clericalidad: Racionalismo.

En la cangreja del mastil de popa, se enarbolaba la bandera roja, insignia de todas las venganzas que se llevarán a cabo en justo castigo a los que hicieron sucumbir sin conciencia, a tantos mártires que intentaron redimir a la especie humana. El negro navío policial entró al abordaje numerosas veces masacrando sin compasión a los anhelantes clamadores de emancipación que llenaban la cubierta; pero de los rojos claros de la sangre derramada, surgieron nuevos y más viriles guerreros que gritaron con voz extenuada: —no importan las masacres; triunfaremos por encima de todo porque somos portadores de la verdad y la justicia. Y la nave siguió impertérrita su ruta aplastando bajo su quilla el negro fantasma del militarismo, que cual gigante alía traba hundiría en el alterado mar del privilegio.

La burguesía, los leguleyos y la clericalidad, temblaron de pavor al contemplar, en las tinieblas de la noche, la augusta nave que zarpando del puerto del Dolor, entraba su fiante proa hacia la estrella roja de la ilusión, rumbo al Futuro.

R. RUIZ CRUCES.

Juventud

Juventud, si queréis algún día
Ver la idea gloriosa triunfar
Despertad; levantaos vuestra frente
Y adelante por siempre a luchar!

¿No sentís oprimidos el pecho
Cuando injusta sentencia se da?
¿No sufrís con los gritos de muerte
Del que frente a soldados está?

¿Quién impuso esas leyes injustas
Que deprimen y llenan de horror
A los hombres que anhelan fervientes
Arribar a un mañana mejor?

¿Por qué abundan patibulos tantos
Con verdugos dispuestos a obrar?
¿Por qué habrán de anular una vida
Si es la vida una chispa solar?

¿Para qué tantos templos sagrados
Donde aprenden los hombres a odiar?
¿Para qué, si tenemos escuelas,
Donde sólo nos hablan de amar?

Preguntad al obrero constante
Que trabaja para otro a jornal,
Si desea, con armas al brazo
Traspassar la frontera natal.

Preguntad a ese joven soldado
Que se dice guardián de honor
Nacional, si prefiere a los cantos
De la paz, el guerrero clamor

¿Dónde irrada el honor de la Patria?
¿Es, quizás, en la fuerza brutal?
No creáis; si es gloriosa la Francia,
Lo es por Hugo, Voltaire y Pascal.

¿Quién da savia de vida fecunda
A las urbes de toda Nación?
Es, tal vez, ese rico engolfado?
¿Es el otro que oficia al baldón?

No es el pueblo, esa masa gigante
El que brillo le da a la labor?
No son esos que elevan palacios
Con mil gotas de perla sudor?

¿Es el pueblo, esa grey sudorosa
Que no quiere oprimir ni oprimir?
Ese noble titán incansable
Que lo malo desea extinguir!...

Desde aquí, mi tribuna elevada,
Yo proclamo el triunfal aluvión!
¿Qué feliz si mañana el sumiso
Despertara en potente cición!...

Juventud, es exorio a la obra!
¡A segar por su base al poder!
A luchar por el bien proletario
Y a librarlo de su padecer.

Desnudem los pechos hercúleos
Proclamando la santa equidad,
Y gritemos con voz estentórea:
¡Libertad, Libertad, Libertad!...

Fernando GUALTIERI

EL POEMA DE LAS HORCAS



Qué ritmo filosófico de ideas,
Qué supremo motor del pensamiento,
Incesante y viril como una norma
De redención que no se rompe nunca.
Aíma la figura de los héroes
Que llegaron serenos a la horca,
Con la misma firmeza, con la misma
Palabra de sus labios que sonara
En el momento de la paz augusta,
En el momento del pensar activo,
Contra los negadores de la vida?

Sobre el turbión anónimo se alzan,
En el silencio sus palabras hieren,
En la gran noche colectiva alumbra
Y vencedores de los tiempos, caen.
Caer, para estallarse como enormes
Figuras del futuro aun no vividas
Y que deben vivir, porque se alzan
Como un grito, una fuerza venidera.
No alzarse como form mas que idolizan
Malsanas multitudes que alimentan
Las saviyas infemáticas del pasado.
Alzarse como cimas, como frentes
Augustas nunca holladas por la turba,
Nunca vencidas por la sombra, nunca
Dobladas hacia abajo!

De la noche profunda de la historia
Testas hay que se elevan a manera
De rebelión perenne.
El tiempo y la distancia
Se humillan a sus pies como vencidos;
Y entre el hondo fragor del oleaje
Con que se agitan las pasiones tienen
Majestades de moles seculares
Impasibles, preteritas, gigantes.

Esas frentes miraron allá lejos,
Miraron mucho tiempo y esas testas
Acariciadas fueron por las nubes;
Testas de redención, testas sagradas!

Y desde que las víctimas se alzaron
En serena actitud de apocalipsis,
Desde entonces, las huestes proletarias
Miran también muy lejos. La esperanza
Se tornó como un cuadro de conquista
Donde avanzan las fuerzas y la idea.

¡Oh cabezas augustas de la idea,
Y cumbres de los rayos precursores!
¡Oh las horcas! Cortad, cortad cabezas!
Que con la sangre el porvenir se escribe!

copiado Ramos Jiménez

Salutación a las selvas

¿Cuántas veces había pensado
venir a vosotros, oh, vírgenes selvas!
¿Cuántas veces había pensado que mi alma
era una digna hermana de la vuestra!

¿Cuántas veces había pensado
libertar mi cuerpo de toda impureza,
de esta giba enorme
que crece en el hombre con la primer pena!

Todas las ciudades huelen a chiquero
y también los que viven en ellas.
Ve a las selvas vírgenes, hermano, si quieres
descargar tu cuerpo de toda impureza.

Ve a las selvas vírgenes a purificarle,
que allí, donde acaba la ciudad, empiezan;
ten cuidado de todos los hombres
que son los vampiros que, chupan tus venas;

ten cuidado de todas las cosas
que si no son dañinas, molestan;
preserva tu cuerpo y tu alma
de las almas y cuerpos que infectan;

huye hacia el desierto,
huye hacia las selvas;
¡Oh, prodigiosa, oh, sabia
toda las ciudades huelen a chiquero
y también los que viven en ellas!

¡Oh, prodigiosa, oh, sabia
madre Naturaleza,
hoy quiero unir a tu alma
mi alma enferma,
hoy aspiro a elevarme

y a ser digno de todas las grandezas;
¡Oh, prodigiosa, oh, sabia
madre Naturaleza,
vengo muerto de hastío y de cansancio
y con olor a cosa muerta;

vengo... ya me ves como vengo,
con el alma podrida y contrahecha,
sin carnes en mis huesos macerados
y sin glóbulos rojos en mis venas!

Los caranchos que habitan en la ciudad son muchos.
madre Naturaleza,
tú lo sabes, son muchos,
y gustan de las carnes que son tiernas!

Los vampiros que habitan en la ciudad son muchas,
madre Naturaleza,
tú lo sabes, son muchos,
y vaciaron mis venas!

He aquí por qué vengo sin carnes en mis huesos
y sin sangre en mis venas;
he aquí por qué vengo con el alma
podrida y contrahecha,
¡completamente ciego,
huérfano de existencia!

Tiende tus brazos al viajero
que de tan lejos llega;
dame un poco de carne para mis flojos huesos,
dame un poco de sangre para mis blancas venas,
purifica y modela mi alma gibosa,
madre Naturaleza!

D. FONTANARROSA (h)

El tinglado de la farsa

Se levanta altanero y soberbio en el centro de la metrópoli. Construido a costa de las miserias de Juan Pueblo.

Representante en él toda clase de farsas. Los farsantes que en él actúan se esfuerzan para engañar al paciente reboto que les escucha. Cuentan, a todavía con muchos admiradores, pero éstos son los de menor valor, pues tienen el cerebro fijo, y se entusiasman y les siguen porque ellos están minados con las mismas ambiciones; la aspiración de muchos es llegar a verse en aquel tablado.

Los hombres que piensan y analizan, los que marchan a la vanguardia de los pueblos, los que educan e instruyen; éstos combaten la farsa y los farsantes.

La reclame que se hace es de lo más sugestiva para los espíritus débiles. Salen a la calle algunos de los farsantes y anuncianse con música o con carteles llamativos en los que tienen buen cuidado de hacer figurar sus títulos, etc., y luego en una plaza u otro lugar adecuado gritan, vociferan, ponen de relieve sus cualidades, con lo cual catequizaron estúpidos. Hablan mal de otros farsantes como ellos, dicen que van a demoler y luego a levantar y prometen lo increíble. Cualquier día van a promover un viaje gratis (ida y vuelta), al planeta Marte, y así un año y otro año. Se cambian los actores, pero la farsa es la misma.

Inaugúrase más tarde la temporada de invierno con toda solemnidad. Acuden todos los farsantes y sus satellites. Polichinelas de diversas naciones representan a otras compañías del exterior. Hay de todo en ese acto, sin faltar los escotes de las damas burguesas que acuden a lucir sus trajes y otras amenidades.

Hácese el silencio. Convergen todas las miradas al tablado y en ese solemne momento levántase el director general de la tropa y endiga al auditorio un capítulo de historia, haciendo la reseña de la temporada anterior y un prólogo de la farsa que se representará durante la temporada. Al finalizar, los signos de aprobación y de desaprobación se repiten. Los

amigos del director no hacen más que exclamar ¡Excelente! ¡Sorprendente! ¡Notable! ¡Qué talento! y otras frías por el estilo y en cambio sus enemigos, le ponen los trapos al sol y profieren epítetos poco sotoros y poco honorosos para la personalidad del farsante mayor, y los que no saben si declararse amigos o enemigos sonríen con indiferencia. Entre risas, alagos y críticas, finaliza la fiesta.

Hay pasajes de hilaridad sorprendente, otros en que aquello se convierte en una cancha de foot-ball, viéndose el director escénico obligado a llamar al orden a los actores, otros en que aquello parece el Royal Theatre por las frascadas de grueso calibre que cruzan el espacio.

La claque del galinero suele a veces enfadarse y entonces se la desaloja y la otra claque, la de las "placas" aprueba o desaprueba según indique el que dirige el bando, pues hay dos clagues, una comprada por unos y otra por otros.

Algunos de los farsantes van allí a mostrar su erudición, otros a hacerse los defensores del pueblo, otros a estreñarse en el boxeo, otros a flotar, otros a tomar té y todos en conjunto a engañar al pueblo, a embaucar juntos a engañar al pueblo, a embaucar conciencias, a adormecer pasiones.

El pueblo que es miopie les cree por sus palabras y sus gestos, porque no ve más que éstos, sólo alcanza a ver el tablado, pero no los bastidores. No está en el secreto de la cuestión. Vé lo superficial y no quiere pararse a analizar, pues con poco que lo hiciera, la farsa, la mentira saltaría a la vista.

Ellos, los farsantes, son los representantes del pueblo y efectivamente, van allí a representar una farsa, con la cual pasan el rato, viven bien y engañan a los demás. Ideas? ninguna; ¿para qué se quieren?

¡Allí es un teatro de género chico, mucho movimiento, mucho mostrar, lo que no se debe, mucho alarido, mucho ruido de bombo y platillo y total nada.

Prometen, mientan a sabiendas, no cumplen una sola de sus palabras, se desdienen mañana de lo que hoy sostuvieron, dicen pestes de unos y otros.

Este es en resumen el estilo del grido político y con estos elementos se hace la farsa que se representa en todas partes, hasta que en un día el pueblo o mejor dicho los pueblos todos se convencerán de nuestras afirmaciones y rompan esos tabulados, hagan con ellos una hoguera para que el fuego purifique el ambiente e impidan que se levanten más templos a la farsa.

El pueblo debe destruir esos lugares que bien se llamen: Congreso—Reichstag—Duma—Rigsdag—Chamber—Congreso—Parlament, tienen solo un nombre común a todos: «El gladio de la farsa».

EGO.

ANARQUISTAS

Con el alma en flor, primavera, oasis en cualquier páramo, nota de arte en las asperidades de esta Arcadia de bandidos, se nos ha bautizado con odio, con terror: ¡anarquistas! ¡Anarquistas! no hay duda, siembra de amor es nuestra predica que enloquecerá la vida con tonalidades nuevas; ¡anarquistas!

Nuestra predica corrobora la más alta aspiración humana, la más sensata afirmación filosófica, única por el momento; vedlo bien; única.

Anarquista!
Cruza los mares, abarca en un solo y paternal abrazo a todos los desposeídos y es fiat lux en las tenebrosidades de las mazmorras, y es hecha en el desquiciamiento de los podridos troncos, donde su filo se temple más, filo nuestro;

Anarquista!
No pudo el dolo amenguar su fibra, amañar sus alvíscos; grito sintético de libertad, es el nuestro;

Anarquista!
Fué, para los incautos, el hombre de la bolsa, el cuco, y, más tarde, el ogro descomunal que hanqueteaba con infantes de madres anonimatadas que llevaban desprovistas la orfandad de sus pequeños; éramos leyenda de muerte, desolación y duelo; frase fatídica;

Anarquista!
Siempre la calumnia como sombra de nuestro propio ideal, eternamente en marcha hacia el propiciamiento de un estar altamente humano, altamente superior;

Anarquista!
No hay ogros, sino faros que se alzan altivos en la noche de la ignorancia, en cuyo alto extremo ilumina la clarividente testa de Ferrer;

Anarquista!
Finalizan las asperidades; las manos de nuestra amada en su acariciar sin tasa, sin medida y siempre amantísimo, exteriorizan la noble, la grande aspiración nuestra: vida y amor; anhelo nuestro;

Anarquista!
Suavidades de seda, aterciopelada caricia, es nuestra frase calumniada;

Anarquista!
Ferozidades caninas se prenden al manto de nuestros filósofos, de nuestros poetas, de nuestros luchadores, que salen más íntegros, más decididos de la prueba;

«¿Qué hay claudicantes? Sí, pero negadores jamás! Caer o renegar, no es desmitigar valores filosóficamente afirmados por insuperados conceptos, conceptos abarcados y unificados de las múltiples sabidurías, hoy nuestras y para todos;

Anarquista!
La horca, la mordaza y la ergástula, no apagará nuestro grito afirmativo, nuestra profesión de fe; nuestra propia bondad se lubrica cada vez más ante el acicate del martirio, y aun cegados como el Galileo, se intensifica la segurísima violencia de nuestra aspiración suprema;

Anarquista!
La ley, prostituta de todas las edades, rémora de toda evolución filosófica, nos teme; vamos contra ella, contra su cáncer, contra su sífilis, contra su vivero de plagas, y ante ella nos presentamos, guerreros valientes, así, desnudos, colmados de verdades y con franqueza única;

Anarquista!
Arte y filosofía es nuestra dualidad anarquista; si tendremos contrarios en esta Arcadia de bandidos donde reinan los Loyolas a base de trabucos y de hisopos; mulares donde trafican cuvenenados, fariseos de la bolsa, los reyes del cotón, los burros con fiorete, que temen las certeras saetas de nuestra predica;

Anarquistas!
Somos irreverentes, irrespetuosos con las tradiciones apolilladas, inúti-

les, perniciosas para el sembrado nuestro, para el florecimiento de la Arcadia nuestra;

Anarquista!
Muy la voz conservadora: «Yo respeto todas las ideas». Nosotros somos irrespetuosos, irreverentes con todas las ideas; respetamos el hombre, no a sus ideas, sujetas a la agregación o disgregación de conceptos; somos irreverentes;

Anarquista!
No ensellamos nuestra anarquía con representantes; cada anarquista bien encuadrado, se representa a sí y a nuestro ideal de vida en el más amplio decir;

Anarquista!
La toga de los jueces, sepulcrosos de vidas, no han podido entenebrecer la claridad meridiana de nuestros sabios, de nuestros poetas, albroquelados al alto ideal humano;

Anarquista!
Nuestro optimismo, tiene veredicto de ciencia; anarquía es higienización humana; la tuberculosis, mal social, desaparecerá ante la panacea nuestra: tierra y libertad; optimismo científico, muy nuestro;

Anarquista!
Hoy, nuestro día, primero de mayo, día de recordación y afirmativa jornada, se une el grito nuestro, grito de la cárcel, parido a través de las rejas; como lirás trágicas, vibran nuestras almas puestas a prueba, y cantan, cantan con el pueblo su canción grandilocuente y retempladora;

Anarquista!

Amando VILLADOR

El advenimiento de la anarquía es inevitable

Nuestra perenne e incesante afirmación respecto al advenimiento de la «Anarquía», no es aborto de liricas fantasías, ni desencadenada erupción de mentes exaltadas y calenturiantes; es la ascensión consecutiva de un largo y penoso proceso histórico, el que partiendo de las oscuras noches de la infancia primitiva, ha venido remontándose por la abrupta cuesta del barbarismo y la indignidad primaria, dirigiendo incesantemente sus pasos hacia un mayor grado de luz y creciente progreso.

La evolución histórica, es la más contundente negación y acentuada antítesis de lo que el vulgo y la inavolencia se empeñan en afirmar, que el mundo siempre fué así y así lo será. Tal afirmativa constituye el irrevocable exponente de la crasa ignorancia de unos, como así mismo la sutil y páfida malevolencia de otros.

Negar los continuos cambios y reformas que se han venido operando, es poner en evidencia el desconocimiento que de ello se tiene, incurriendo en el absurdo de negar los hechos y falsear la historia.

Las tergiversaciones que alrededor de la Historia se hacen, no son hijas de la ignorancia y sí de la crueldad y la malevolencia, máxime si se tiene en cuenta, cuáles son las clases y categorías que en tenebrosos comulios, se esfuerzan, cooperan, determinan e imponen la tergiversación y el falseamiento de los más sagrados anhelos de la humanidad sufriente.

No es a la abatida humanidad sufriente a quien pudiéramos acumular la responsabilidad de la perpetuación del error y del falseamiento de las cosas, sino a los que atribuyéronse la facultad de dominio y mando, el Estado y las religiones, fuentes ambas de superstición, despotismo, falseamiento y tiranía.

Ocultar la verdad científica y conculcar de lo que fué y es la humanidad, acusa páfida reserva: con el intencional propósito de perpetuar el error, base de la ignorancia, pedestal del privilegio.

Decir y pregonar en la clase desheredada, que el mundo fué siempre así, obedece al propósito de cultivar la resignación de la víctima, a fin de que ésta no recuerde su largo, no vida por sacudidas violentas, las que pondrían en peligro el trono de todos los tiranos de la tierra.

Cuando la afligida víctima siente azotarse por los reveses de la injusticia social, afluyen en su mente bríos de incitación nerviosa, capaz de promover el escape, una afecada de lejos de tomar la defensiva, de súbito se siente amonadado, la superstición y el error le invaden, la elena parodia golpea en su mente, se siente falseado, se pregunta y responde, ¿qué ha sido el mundo siempre fué así?

Hacer no llega a dominar esa prego-

nación antihistórica, llega a prevalecer la superstición de la religión católica apostólica romana, en aquello de: ¿qué hacer así Dios lo quiere y dispone así?

Esas son las dos grandes falsedades con las cuales se pretende apuntalar la casa corroida y tambaleante sociedad decadente, al no querer que ella expire; hácese esfuerzos para prolongar su agonía y bien saben los tiranos que el período de la agonía aun es vitalidad del privilegio aunque en decadencia.

¡Guerra sin reposo a esas dos grandes falsedades! Ni la superstición del Dios sea el aliente que conforte la resignación de los serviles apocados de espíritu; ni las tergiversaciones de la Historia, sean el estimulante que no determine a permanecer unidos al crimen, el que con gestos macabros y danzas infernales, conducirá fatalmente la humanidad hacia el más profundo de los abismos.

Vanos esfuerzos de los que, confabulados en contra de la evolución y del pensamiento, quieren detenerla en su marcha, si la evolución fuere detenida, la «Anarquía» no constataría con los propios hechos, la desaparición de errores, atavismo, costumbres y dominios; los que abatidos por el soplo de la evolución y por el rugir del pensamiento, fueron segados y arrasados cual planta inservible de malos frutos.

Los que pretendían afirmar que el mundo siempre fué así y siempre lo será, permitidos que hagamos desfilir una larga serie de consideraciones, todas ellas dedicadas a destruir absurdos de necios, despoías y tiranos.

Lo si el hábito y la creencia fuesen los hombres fuesen inmutables, en ese caso la humanidad aun no habría traspasado el dintel de su infancia primaria, y si cambiando continuamente de hábitos, formas y prácticas, prosiguió el curso ascendente del progreso, del estudio y del discernimiento de las cosas, ¿cómo insistir neciamente en que el mundo fué siempre así?

Si la humanidad en la forma de sus relaciones y sistema social, pasó de los caciques a los campeonatos del arma blanca, y de ésta a los simples consejos formados por hombres ancianos y, de la degeneración de estos consejos a las oligarquías absolutas de la edad media, y sucesivamente al poder contemporáneo del claro y del Papa, cruzada en la cual se cobijó el poderío de los castillos feudales, las monarquías e imperios unitarios primero, y por último las repúblicas y las democracias socialistas.

Este cambio incesante de formas, desajolándose en el dominio, sustituyéndose unas por otras, ¿no significan una rotunda negación respecto a que el mundo fué siempre así?

El comunismo de la infancia humana, el individualismo despotico medieval y la gestación de una idea de solidaridad en el presente, ¿pueden autorizarlos a decir que el mundo fué siempre así? La época de las párias, la travesía de los siervos, la cruzada de los esclavos y la existencia de los asalariados, ¿no se configuran continuos cambios? Y si en realidad son tales, ¿con qué cinismo puede sostenerse la no evolución en lo del mundo siempre así?

La humanidad con su infancia de semisalvajismo, con su desputente embrionario avanzando en dirección directa hacia el desenvolvimiento del progreso, del estudio y del análisis, hasta propulsar en nuestros días el más grande de los ideales por el perfeccionamiento de la especie y de la paz universal, ¿no se os figuran un entrelazado encadenamiento de hechos en consecutiva ascensión, transportando al hombre desde el barbarismo a la superación y elevación de sí mismo?

Si a pesar de la indiscutible ignorancia por qué ha atravesado la humanidad, ha venido luchando, breteando y combatiendo hasta remontarse a la altura que veis. ¿Cómo atreverse a suponer que éste sea el último pedaleo en el que ha de vencer, en el que, a la vez, se agota la crueldad, bajas pasiones y mezquinos sentimientos? ¿O es que vuestros degenerados sentimientos sólo hallan satisfacción transmitiendo vuestras hazañas y no superando a la propia progre-

Si con mayor ignorancia y menos

experiencia el hombre forcejeó para elevarse a condiciones superiores, justas y lógicas es creer que, poseyendo mayor capacitación no hay quien nos detenga en nuestra marcha, máxime teniendo en cuenta que eucamamos la defensa de la humanidad sufriente, propulsamos la palanca del progreso y somos consecución de la evolución misma.

Todas las ideas que dentro de las convulsiones históricas, hicieron su aparición en el escenario público y social, en su carácter de posteriores, (y por consiguiente reforzadas de más lógica y raciocinio), lograron substituir a sus precedentes, desajolando el concierto social y del dominio.

Somos los ulteriores en la aparición del ideal filosófico, aportamos un mayor caudal de experiencia, científicos conocimientos y propósitos; en ello ha de consistir el triunfo de la gran causa.

No puedo, no debo ultimar el presente, sin asestar un irrevocable golpe a la necia y malevola tergiversación que de la «Anarquía» se hace, en el nombre de sostener, que anarquía es «desorden».

Comprendemos que la tal tergiversación sea hija de la ignorancia, cuando no de la mala fe; el desorden no nos menester ir a buscarlo en la «Anarquía», puesto que el desorden, incluso la tiranía, es un producto inherente al sistema de privilegio y desigualdad social, pero nunca de un sistema que cimiente las bases de socialidad en la igualdad social y la fraternidad humana.

Esbozamos el «orden» del presente régimen, y qué entienden por «orden» sus sostenedores. Los violadores del derecho humano, por ordena entienda que la servidumbre de todos los órdenes no rompa su habitual quietud, docilidad y mansedumbre.

Que aunque la prepotencia de los tiranos rebese, la víctima calle, y no eleve su voz de protesta, y que si el productor es despojado de lo que produce, soporte resignadamente y se despoje satisfecho con la mínima parte que percibe a título de salario.

Que ante las frecuentes crisis económicas y paralizaciones del trabajo, las víctimas no tomen la defensiva ni provoquen rebeliones, porque serán sindicados de subversivos, sediciosos y serán ametrallados en plazas y vías públicas.

Que aunque el desborde aplastante de los impuestos, tasas y gabelas antítesis a la clase menesterosa, no manifieste descontento ni recurra al desacato.

Que cuando la sed de conquista de los gobiernos, o el presunto adormecimiento de la conciencia social, reclame el sacrificio de los subditos, que éstos corran sin hacer observaciones, a matar o ser muertos, y dejar sin amparo a la respuesta a los hijos.

Que si aún a título de pueblos ultrajados, pueden las víctimas colocarse en actitud de defensa; que, la servidumbre, víctima de la férrea ley salarial, sea obediente y humilde ante sus señores, y en gratitud, besos con veneración sus plantas.

Que los parásitos de todas las clases y categorías, se regocijen en placeres y orgías, mientras los productores de toda la riqueza social, languidecen rodeados de miserias y necesidades.

Todo lo enumerado significa orden para los que anhelan la perpetuidad de la esclavitud y la ignorancia, para los que detestan un avenir de iguales, en preferencia de un mundo de bujías insultantes y privilegios inicuos.

Nos sentimos denigrados y empujados dentro de nuestro régimen de falsedades, engaños y tiranías; de testamos la explotación y la tiranía ejercida en el hombre por el hombre, por los esclavos y por los explotados, por el capitalismo y el racismo científico y la gran patria del mundo entero; amamos a la Humanidad y luchamos por su liberación.

Dentro de los reveses y sacudidas de la lucha social, sólo se sienten altivos y dignificados los que tienen plena convicción de ser los precursores del gran anhelo de la humanidad sufriente, su propia liberación.

Esos esfuerzos por detener a la evolución en su propia marcha, aporriados los hombres, pero la idea se les escapa; ni los campeones de la lanza en ristre, ni las oligarquías absolutas del medioevo, ni el Santo Oficio de la Inquisición, lograron enclaustrar el pensamiento. Estudiamos, observamos y analizamos; por consiguiente nos reafirmamos en las pruebas indiscutibles e irrevocables.

Los afirmativos del vulgo siempre

fueron la negación de la evolución en marcha, de ahí que nos sintamos fuertes e invencibles cual roca impenetrable, por ser la parte opuesta al repicar del vulgo «El mundo siempre fué así y siempre lo será»; «Que hacer así Dios así lo quiere y dispone». ¡Abajo la falsedad y la superstición por la salvación de la misma humanidad!

Gabriel BIAGIOTTI.

Materialicemos el ideal

Se necesita una profunda convicción del valor que el hombre representa como entidad pensante en medio del círculo de errores en que se desenvuelve para afrontar serenamente el duelo a muerte con los destinos impuestos por el pasado.

Para oponerse al empuje violento de los ciegos, soplando furiosamente en todas direcciones, es preciso la firmeza incommovible de la roca, imperturbable ante el choque impetuoso de la ola empujada por las furias del mar en las horas de tempestad.

Es que el alma ciclopea de los forjados para los combates épicos, solo vibra al rumor de las armas esgrimidas en lides redentoras, sobre la arena donde los robustos gladiadores de la idea, pechos al sol, realizan el supremo esfuerzo en pro de las conquistas definitivas.

Todo se agita, estremece y palpita en el inmenso laboratorio de la vida orgánica, respondiendo a la necesidad de la propia conservación; todo se mueve, vibra, ruge en la sociedad humana, obediendo a exigencias imperativas del progreso.

Vivir, progresar, es condición inherente al hombre que no ha renunciado a los atributos morales, por los que se distingue de la bestia.

Hacia horizontes infinitos proyecta luz ignea el verbo de las rebeliones magnas, alentando audazmente en el seno de las muchedumbres, flageladas por el azote de los siglos.

No son un valor efectivo en el desarrollo ascendente de la vida, quienes se substraen a las nuevas contiendas bélicas, planteadas por los tiempos presentes para romper los eslabones de la cadena inominosa que nos une al pasado nebuloso.

No es una vida íntegra quien no suma su esfuerzo al esfuerzo colectivo en pos de la futura epopeya social que irradiará de luz inmarcescible las páginas de la historia, manchadas con la sangre de miríadas de víctimas inmoladas al terror y al interés bastardo.

Son vidas completas aquellas que ejercitan sus facultades creadoras en el servicio de un propósito elevado. El ideal no es empírico ni metafísico. No vive en el pasado ni el futuro. Es actual y tangible. Se materializa en acciones fecundas de expansión psicológica; en voliciones del alma que, conmoviendo el espíritu colectivo, lo incitan a las acciones decisivas por el triunfo de la justicia social.

Contra el arcaico rutinismo manotreo de formas hechas, un derecho se afirma, sin sanción legal ni tradicional, del hombre libre: el de la acción amplia como síntesis conclusiva de una fuerza nueva dispuesta a producir la revolución transcendental en la historia.

Cuando se vive en el reino de la hipérbole trazando formas vacuas para el porvenir, se distrae la atención de los problemas palpitantes de solución inmediata, con riesgo grave de que la reacción nos arrastre por cauces profundos. Además, es traiciona el ideal, que no sabe de contemplaciones. Vive por la acción semperparata y se acomoda cuando la lucha no lo materializa en hechos contundentes.

Si es estrecha la órbita trazada por la historia para desenvolver nuestra acción, aquí estamos, prontos para ampliarla.

A nadie pide el mar permiso para lanzarse en trombas sobre las playas, ni la nube para inundar de agua la tierra.

Vuequen nuestras antorchas destellando por las sombras de la noche, fulguren nuestras antorchas destellando por las sombras de la noche, fulguren nuestras antorchas destellando por las sombras de la noche.

De guijarros gruesos está cubierta la ruta. No importa: avanzamos.

Para eso llevamos en las frentes anchas, que el sol tostara en siembras fecundas sobre dilatadas llanuras, una estrella que guíe el camino.

Y para eso los ideales son algo más que en nosotros que una mera palabra cubridora de cobardías.

José M. ACHA.